



Juan González Soto

Manuel Scorza, apuntes para una biografía

Abordar la biografía de Manuel Scorza presenta un problema de índole singular. Según afirma Hugo Neira, Scorza indio, Scorza exiliado político son algunas de esas enmarañadas quimeras¹. A esos malentendidos, también a otros, contribuyó, y en no poca medida, el propio poeta y novelista: Abonó el campo para que alabasen su perfil mestizo, dejó rodar la fábula de una madre india, calló o disimuló su aprismo juvenil... Es fácil leer en alguna entrevista falsedades como las siguientes: «Nací, como mi madre, en los Andes centrales»² o «fundé el Movimiento Comunal del Perú»³. También, a veces, evidentes contradicciones: «Nunca pensé que Redoble por Rancas se leería fuera del Perú»⁴. O evidentes imposibilidades: «Un día lo escribí [Redoble por Rancas] de la primera a la última línea»⁵. Quizá para la crítica europea de los años ochenta un escritor de origen tercermundista y con rasgos faciales indígenas tiene todas las posibilidades para ser una suerte de héroe cultural, y su llegada a Europa no puede obedecer sino a un exilio forzoso, a un exilio político. Parece ser que Manuel Scorza fue un gran fabulador, un hombre desmesurado y no sólo con la palabra escrita, también en sus conversaciones y en sus actos. Quizá convenga tener presente, como sugiere Hugo Neira, que con la dramaturgia vive en vecindad la picaresca⁶.

En las páginas que siguen se intentará trazar, en la medida de lo posible, la trayectoria biográfica de un hombre en el que la desmesura, la vitalidad y el entusiasmo conviven en alborotadas interferencias junto a una voz poética que no abandonará en su obra narrativa.

Manuel Scorza Torres nace el 9 de septiembre de 1928 en Lima, «en la Maternidad, ese hospital de gente pobre en donde [...] las madres parturientas se hacen hacinar hasta el horror»⁷.

Su padre había nacido en Matara, Cajamarca. Emigra a Trujillo y en una hacienda cañera, Casagrande, encuentra trabajo de obrero. Su siguiente ocupación es la de mecánico, esta vez en Lima, «en un lugar atroz, el manicomio Larco Herrera»⁸.

Allí conoce a quien será la madre de Manuel, Edelmira. También es de origen provinciano y pobre: Nació en Acobamba⁹, en el departamento de Huancavelica. En el manicomio trabaja de ayudante de enfermera.

La salud de Manuel, padece asma, obliga a los padres a volver a la sierra en busca de un clima más benéfico. Dejan la capital peruana en 1934¹⁰. Se establecen en Acoria, Huancavelica, donde su padre se instala como panadero. Son los tiempos de infancia vividos en Acoria y en Acobamba los que darán a Manuel el conocimiento de la vida en los pueblos indios: «Yo he pasado mi infancia en Huancavelica, en un pueblo que se llama Acoria y en otro que se llama Acobamba»¹¹.

No cabe duda de que la familia, emigrantes serranos, y el nacimiento de Manuel Scorza, en la Maternidad, las estrecheces en el tres-piezas dentro del mismo manicomio, el asma, la vuelta a la sierra, son datos biográficos humildes, muy humildes¹². Pero no le convierten en rural su corta estancia en Acoria y en Acobamba, apenas cinco años. Él mismo habría de admitirlo en conversación con Gregorio Martínez y Roland Forgues:

Es cierto que yo tampoco hablo quechua. En mi infancia entendía el quechua, desgraciadamente nunca llegué a hablarlo porque aun en los estamentos más pobres del Perú hay grandes barreras y mi familia en Acoria se había convertido en una familia de pequeños comerciantes y eso ya nos diferenciaba de los indios¹³.

Su educación se inicia en un colegio religioso, el Salesiano de Huancayo.

Los esfuerzos y sacrificios familiares son enormes: «Mi madre decidió hipotecar económicamente la familia para que yo estudiase»¹⁴.

La vuelta a Lima, al mundo de los pobres en la gran ciudad, tiene lugar en 1939¹⁵. Su padre tiene ahora un puesto en la calle de vendedor de revistas. Los esfuerzos de la economía familiar por la educación de Manuel son cada vez mayores: en 1943 ingresa en el Colegio Militar Leoncio Prado. Años después, en 1950 exactamente, Mario Vargas Llosa ingresa en este mismo centro militar y educativo:

El Leoncio Prado era una de las pocas instituciones -acaso la única- que reproducía en pequeño la diversidad étnica y regional peruana. Había allí muchachos de la selva y de la sierra, de todos los departamentos, razas y estratos económicos. Como colegio nacional, las pensiones que pagábamos eran mínimas; además, había un amplio sistema de becas -un centenar por año- que permitía el acceso a muchachos de familias marginales, de origen campesino o de barrios y

pueblos marginales. Buena parte de la tremenda violencia -lo que me parecía a mí tremenda y era para otros cadetes menos afortunados que yo la condición natural de la vida- provenía precisamente de esa confusión de razas, regiones y niveles económicos de los cadetes. La mayoría de nosotros llevaba a ese espacio claustro los prejuicios, complejos, animosidades y rencores sociales y raciales que habíamos mamado desde la infancia y allí se vertían en las relaciones personales y oficiales y encontraban maneras de desfogarse en esos ritos que, como el «bautizo» o las jerarquías militares entre los propios estudiantes, legitimaban la matonería y el abuso¹⁶.

Manuel Scorza concluye los estudios de secundaria. El papel que ha jugado su madre ha sido decisivo. Cómo no recordar aquí mismo la anécdota que, probablemente no sólo evocada por el recuerdo sino también nacida de la más íntima imaginación, aparece en uno de los tres artículos póstumos de Manuel:

Mis padres, gentes muy pobres, se ganaban difícilmente la vida. Quizás para evadir las severidades de la realidad, mi madre leía apasionadamente novelas. Mi padre consideraba que sus lecturas eran tiempo secuestrado al trabajo. ¿Con qué cariñosas razones mi madre obtuvo autorización para leer? «Un solo libro por mes», dijo mi padre. Era muy poco para la otra pasión de mi madre. Para no contrariar sus órdenes, ella inventó entonces una inocente astucia: leer siempre el mismo libro. Y para que así pareciera, exhibía a vista de mi padre una revista cuya carátula no cambiaba. Lo que mi padre ignoraba era que bajo esa inmutable portada, cada semana, desfilaban pueblos de personajes desmesurados, fascinantes, inolvidables [...].

Mi madre leía a escondidas de mi padre y yo a escondidas de mi madre. Ella salía de compras (¡cuántas tiendas había de recorrer para obtener precios!) o a ejecutar trabajos de ocasión que apuntalaran nuestra frágil economía. Para evitar acompañarla, yo me fingía enfermo. No bien se alejaba, me precipitaba al desván donde ella apilaba sus novelas¹⁷.

Hasta aquí el primer período formativo de Manuel Scorza. Cabe preguntarse, con la frialdad con que lo hace Hugo Neira, quién es Scorza desde el punto de vista social:

Por sus orígenes, un urbano, un proletario. Su familia puede situarse, en lo que desde [José María] Arguedas a [Aníbal] Quijano [Obregón] se ha llamado el proceso de cholificación. Es decir, alguien que puede referirse a una categoría social, la más ancha y popular que puede imaginarse en una sociedad como la peruana de estos años. Aquella capa que se levanta contra la tradición de resignación andina, huyendo del feudalismo rural. Unas capas nuevas, constituidas por ex-campesinos, neo-urbanos, por los «peruanos del desborde», como los llamará, ya en los años ochenta, el antropólogo [José] Matos Mar. Y Scorza llega a ser parte de la República de las

letras, por la vía de su enorme curiosidad intelectual y su voluntad de saber. Pero un intelectual de verdadero origen popular y proletario. En suma, es Scorza un raro caso de miembro de la *intelligentzia* surgido de las capas más bajas de una sociedad terriblemente dividida en compartimentos estancos como la peruana [...] Por una vez [...] un intelectual, realmente, viene del pueblo¹⁸.

Según afirma el propio Manuel Scorza, su actividad política comienza a edad bien temprana: «La primera vez que topé con el poder político podía tener quince años, no más, y entonces me uní a organizaciones políticas que combatían al dictador [general Óscar] Benavides [(1933-1939)] en aquella época»¹⁹.

Esta noticia quizá deba ser admitida con reservas. Para Hugo Neira es a partir de 1945, al llegar a la Universidad Mayor de San Marcos, cuando puede decirse que se abre el período de su actividad política. Manuel Scorza adolescente, también poeta, y también revolucionario. Pero, ¿revolucionario de qué signo?:

Un adolescente en [el Perú de] los años cincuenta, ¿en qué espacio político podía colocar su personal revuelta? El castrismo no había todavía nacido. En cuanto a los comunistas locales, eran stalinianos en las formas y conformistas en los hechos. Así, Scorza se hará aprista: fue la gran pasión del Perú contemporáneo. Un signo que unía indigenismo y antiimperialismo²⁰. Scorza forma parte de los poetas oficiales del Partido, los llamados poetas del pueblo²¹. Manuel Scorza, el poeta, el aprista, es también el deportado. Con veinte años recién cumplidos, en 1948, inicia su exilio, el primero de ellos, si ha de hacerse caso a su acre humor: Yo he estado dos veces exiliado, una vez durante la época de Odría, siete años; [...] y después me exilió la vida²².

En «Fe de erratas», uno de los tres artículos aparecidos después de su muerte, evoca con ironía feroz el episodio desencadenante de su exilio. En este artículo da cuenta de algunos de los malentendidos que han circulado en torno a su biografía. Uno de ellos se refiere a su primer encarcelamiento, ¿también deportación? Apunta que aquél tuvo lugar cuando tenía dieciocho años:

Debe ser que yo era conspirador desde los 18 años [...] Yo no era conspirador, ni revolucionario, ni nada; simplemente estaba enamorado de Nora Seoane, y le había dedicado un poema de amor, que se publicó en La Tribuna el día en que el partido aprista se sublevó contra el gobierno de Bustamante. Pero quedé como aprista, y permanecí en la cárcel, pateado, golpeado e insultado cada vez que para demostrar mi inocencia intentaba recitar mi poema²³.

De la noticia que ofrece Hugo Neira en su «Biografía ordenada de un mago» no se infiere la edad que Manuel Scorza dice tener cuando sucede este

episodio capital en su vida:

Su deportación a México por la dictadura de Odría fue una obra del azar: publicaba un poema amoroso en la edición del diario aprista La Tribuna el mismo día en que ese partido era puesto fuera del orden legal [el 4 de octubre de 1948, siendo aún presidente José Luis Bustamante Rivero. El 27 de octubre se rebela el general Manuel A. Odría y el 30 asume el poder]²⁴.

La fecha a que alude Scorza es, sin lugar a dudas, el 3 de octubre de 1948 (o, más exactamente, el día 4, que es cuando es declarado ilegal el APRA). Él, desde luego, no tenía dieciocho años: Tenía veinte recién cumplidos. Ese día ocurrió un hecho sangriento en el Perú, la sublevación aprista contra el gobierno de Bustamante:

En la mañana del 3 de octubre de 1948 la marinería, asistida por civiles armados, se sublevó en el Callao y se apoderó de las unidades ancladas en el puerto. Siguió una ruda batalla entre la fuerza aérea y los buques amotinados, mientras la infantería leal y los tanques desalojaban a los insurgentes de los edificios que habían ocupado [...].

Se declaró el estado de sitio en todo el país y al día siguiente Bustamante [...] declaró al partido [APRA] fuera de la ley²⁵.

No hay contradicción en cuanto escriben Hugo Neira y el propio Manuel Scorza: éste da noticia cabal de su encarcelamiento, siendo Bustamante presidente. Tras el inmediato golpe de estado del general Manuel Apolinario Odría y su llegada al poder, será deportado. Tan sólo ha habido un desajuste en la edad que aparece en «Fe de erratas».

Scorza, apresado y posteriormente deportado. Pero, además, según puede leerse en la revista bonaerense Crisis, la policía confisca y destruye su libro de poemas Acta de la remota agonía²⁶. ¿Sería éste su primer poemario? Sobre él dan también noticia Mabel Moraña y Juan Octavio Prenz²⁷. De todos modos, en su primera reunión poética, Poesía incompleta (México: UNAM 1976), no hay ninguna referencia a este manuscrito. Según afirma Anna-Marie Aldaz, este poemario fue escrito, aparentemente, sin la intención de ser publicado²⁸.

En su exilio recorre, y en circunstancias en verdad difíciles, algunos países de América Latina: Chile, Argentina y Brasil. Se dedica a muy diversos trabajos eventuales: vendedor de perfumes, corrector de pruebas, conferenciante²⁹. En 1952 llega a México. Allí permanece hasta 1956 y allí continúa sus estudios literarios en la UNAM³⁰. En «Fe de erratas» recuerda un episodio en que ilustra, no sin una fuerte dosis de ironía, aquellos años de penuria:

En México, Juanito Chang, Luis de la Puente [Uceda]³¹, Gonzalo Rose, mi hermano Miguel y yo trabajamos en una lavandería. El hambre nos hizo enjabonar, refregar y planchar bestialmente durante quince días. Cuando reclamamos nuestros salarios, el amante de la dueña, un inspector de Inmigración, solicitó nuestros permisos de trabajo. No los teníamos. Habíamos violado tres leyes: trabajar sin permiso,

creer que el dinero se gana trabajando y confiar en los propietarios de la lavandería Teissy. Merecimos que nos dijeran: «O se van sin cobrar o se largan de México».

Fueron años duros y amargos. «El exilio es una herida extremadamente grave y dolorosa: el exilio es casi una condena a muerte»³².

Fueron años de aprendizaje bajo el rigor y la dureza. Dejaron huellas inextinguibles en el joven Manuel Scorza, pero él las pudo transmutar en una poesía de vigorosa expresión, de logrado pulso. Las imprecaciones es su primer poemario³³. Se trata de un libro, según opinión de Tomás G. Escajadillo, muy violento, muy dolido, muy amargo³⁴. Y, en efecto, en muchos de sus versos aflora el desconsuelo de quien vive el exilio:

Años que se comieron las arañas.
No tuve paz,
ni dónde reclinar la cabeza.
Era mi corazón un animal
que salía de los hornos tiritando, 5
los trenes me llevaban, cruzaban
las tinieblas con los ojos hirviendo.
[...]
Años como ratas echadas a morir. 20
El viento
salía ardiendo de mi vida.

(«Años que se comieron las arañas»)³⁵

Un impresor misterioso 15
pone la palabra Tristeza
en la primera plana de todos los periódicos.

Ay, un día caminando comprendemos
que estamos en una cárcel de muros que se alejan...

Y es imposible regresar. 20

(«El desterrado»)³⁶

Un total de siete años vivió Manuel Scorza en el exilio. Siete años, como ya se dijo, vividos en difíciles condiciones, siete años durante los cuales va creciendo el poeta entre el dolor y el desamparo, entre el empeño y el odio. Así recuerda Rubén Bonifaz Nuño el encuentro con Scorza y su más íntima situación durante aquellos años:

Conocí a Manuel Scorza cuando, desterrado de su patria, alimentaba en la mía sus poderes y sus debilidades. Compañeros fuimos, en la miseria y en el odio. Hermanos de ese sentimiento de náufragos frente al mal, sentimiento que hace envejecer antes de tiempo, que hiere con polvorientas arrugas la piel del alma triste. Ahora, con sólo recordar, comprendo muchos de los significados de sus palabras y de su vida.

Situado en el centro de la oscuridad hostil, como un animal desamparado que busca el amor, él reunió en una punta de llama sus fuerzas obstinadas, e hizo frente a la miseria cósmica por la cual se sentía combatido³⁷.

Es ahora, bajo esta perspectiva, cuando más cabalmente puede entenderse su desgarrada poesía de compromiso social, la desatada angustia que recorre, inundándolos, todos y cada uno de los versos de «Canto a los mineros de Bolivia»³⁸:

Hay que vivir ausente de uno mismo,
hay que envejecer en plena infancia,
hay que llorar de rodillas delante de un cadáver
para comprender qué noche
poblaba el corazón de los mineros. 5

También los versos de agitado desconsuelo en Las imprecaciones:

¡Ah, qué tristeza!
Cuando yo era niño,
veía al crepúsculo agitar sus crueles alas
sin saber que buscaba mi boca para gemir, 30
pero fui llenándome de cuervos,
mi vida fue cubriéndose de dientes:
ahora soy el dolor de esta tierra quebrada.
No me traigan alondras, ni manzanas.
No se puede apagar con saliva mi pueblo ardiendo, 35
no se puede pegar con palomas mi patria rota,
mi américa³⁹ en pedazos, mi amor, mi agonía.

(«Patria tristísima»)⁴⁰

En 1952 había aparecido su primer ensayo político, «Una doctrina americana», en la revista Cuadernos Americanos⁴¹. El artículo se centra en la propuesta política del APRA. Repasa los principios por los que aboga: una justa redistribución de la riqueza y la unidad política y económica de Indoamérica (el nombre con que Víctor Raúl Haya de la Torre designa a Latinoamérica). Scorza ilustra una de las tesis del aprismo según la cual el arte nativo indoamericano es a menudo superior al de origen europeo. El ensayo hace hincapié en el vigor de la literatura y, sobre todo, de la novela. Elogia la frescura, la vitalidad de las obras de José Eustasio Rivera y de Ciro Alegría. A su entender, están muy por encima de las de Henry Miller y de Jean-Paul Sartre:

El dolor, por ejemplo, que emerge de *La vorágine* o de *El mundo es ancho y ajeno* es dolor de animal joven, dolor saludable, inmensamente distinto del dolor senil de obras como *Trópico de cáncer* o *la lacerante A puerta cerrada*⁴².

De este mismo año, de 1952, es «Canto a los mineros de Bolivia», poema que obtuvo el primer puesto en los Juegos Florales de Poesía convocados en conmemoración del IV Centenario de la UNAM. Según escribe Anna-Marie Aldaz, como muestra de gratitud por este poema, y también por el apoyo que Manuel Scorza había demostrado hacia la situación de los mineros bolivianos, éstos le invitaron a volver a su país y le colmaron de atenciones. Visita Bolivia en abril de 1953, y escribe un largo ensayo, «La independencia económica de Bolivia»⁴³. En él se congratula por el desarrollo que ha alcanzado este país andino a lo largo de la década de los cincuenta. También elogia la elección de Víctor Paz Estensoro como presidente y aplaude su edicto encaminado a lograr una profunda reforma agraria. Para Manuel Scorza, este documento significaba una modificación sustancial del injusto régimen de propiedad que prevalecía [hasta entonces]. Es el fin de una centenaria operación. Y el comienzo de la esperanza para millones de indios que todavía no han sido redimidos⁴⁴. Acaba el artículo con la esperanza de que otros países de América Latina, especialmente Perú, sigan el ejemplo boliviano.

Otro fruto ensayístico de su vivo interés por la liberación de la opresión económica y política es una breve biografía sobre el padre de la independencia mexicana, Miguel Hidalgo. Este sacerdote, líder de una de las primeras insurrecciones mexicanas a principios del siglo XIX, es, en palabras de Eduardo Galeano, uno de los primeros representantes de la prédica por la emancipación de los humildes⁴⁵. Octavio Paz le considera poseedor de un valor inextinguible ya que decreta la abolición de la esclavitud⁴⁶. El ensayo scorziano lleva por título *Hidalgo* y fue publicado de forma anónima en 1956⁴⁷. Formaba parte de una serie que el Instituto Nacional Indigenista dedicó a las vidas de mexicanos ilustres.

Según ya se dijo, el año anterior, 1955, había publicado *Las imprecaciones*, su primer poemario. En él se detecta una actitud de compromiso social de idéntico signo a la que recorrerá la totalidad del

ciclo novelesco La guerra silenciosa. El poeta ofrece su voz a cuantos no la tienen:

Oh, miserias, oh, sartenes,
humildísimas cucharas, platos mal lavados, 30
aullad por mi boca, hermanas.
Yo vine a cantar por vosotras,
yo soy la boca del que no tiene boca.

(«El cordero con espinas»)48

Tal y como sugiere el título del poemario, el poeta quiere proferir una gran exclamación, proclamar un amargo lamento, que contenga, también, una maldición. El poeta se debate entre el amor a la patria, el deseo de su encuentro y el dolor que le causa saberla tan imperfecta, saberla tan injusta.

La patria es tierna,
me dijeron en la infancia,
la patria tiene un río de rápidos diamantes;
[...]
Un día salí a buscarte,
anduve lobos y marismas,
[...]
Bajo un árbol malvado
temblaba un pueblo miserable,
roto de sed
se arrastraba un pájaro.

(«Patria tierna»)49

Alta eres, bella eres,
pero yo te digo:
no pueden ser bellos los ríos 20
si la vida es un río que no pasa;
jamás serán tiernas las tardes
mientras el hombre tenga que enterrar su sombra
para que no huya agarrándose la cabeza.

(«Alta eres, América»)50

Por encima de todo, el poeta proclama la necesidad de una poesía que contenga el llanto de quienes sufren, de una poesía cercana a las preocupaciones sociales, y alejada de la alegría inconsciente. El poeta debe ser observador de la realidad y de la injusticia y expresarlas en toda su dureza, denunciarlas sin tapujos:

Amargas tierras, patrias de ceniza,
no me entra el corazón en un traje de paloma,
no me caben los dedos en la mano, 30
cuando contemplo lo que han hecho en este pueblo,
hasta la vida me queda grande!

Pobre América,
en vano los poetas
deshojan ruiseñores para hallarte. 35

No hallarán tu rostro mientras no se atrevan
a llamarte por tu nombre, américa mendiga,
América de los encarcelados,
América de los perseguidos,
América de los parientes pobres 40
nadie te encontrará
si por su boca nos desagua
este nudo de sangre
que hace mil años siento en la garganta.

(«El árbol de los gemidos»)51

Es a partir de la publicación de esta obra cuando su apellido deja de escribirse en su modo correcto, Escorza, y pierde la vocal inicial. Según el escritor, fue debido a una errata tipográfica, y no hubo manera de corregir la portada de la edición. Decidió, a partir de entonces, adoptar la forma errónea⁵². No obstante, según afirma Anna-Marie Aldaz, el cambio se había producido antes de 1955, ya que aparece en ensayos y poemas publicados en 1952⁵³. De todos modos, en su vida privada continuó firmando Escorza, si bien nunca usó su segundo apellido, Torres. Tomás Oliu, uno de sus amigos en París, en carta personal dirigida a Anna-Marie Aldaz (fecha el 1 de enero de 1987) escribe: él consideraba Escorza como su apellido verdadero⁵⁴.

El año 1955 iba ser un año decisivo en su trayectoria ideológica. Los últimos años de exilio fueron particularmente difíciles⁵⁵. Influyó en su cambio ideológico su decepción por la trayectoria política en que desembocaba el APRA, «la tristeza de ver encallar el aprismo en las tibiezas socialdemócratas»⁵⁶. En 1955, Víctor Raúl Haya de la Torre, al salir de la embajada de Colombia en Lima, donde había permanecido recluso durante cinco años, hace unas manifestaciones que los apristas en el exilio protestan vivamente:

Las células de deportados gruñen y Scorza estalla. Su carta de renuncia revela en el poeta del pueblo un polemista. Tiene sal desde el título: «Good bye mister Haya». Scorza se va del APRA tirando de la puerta⁵⁷.

Mario Vargas Llosa recuerda en sus memorias la vuelta al Perú de los poetas exiliados, Gustavo Valcárcel, Juan Gonzalo Rose, Manuel Scorza. También recuerda cómo la renuncia al APRA

más sonada fue la de Scorza [...] desde México dirigió una carta pública al líder del partido aprista, acusándolo de haberse vendido al imperialismo -«Good bye, Mr. Haya»- que circuló profusamente por San Marcos⁵⁸.

Por su parte, Wilfredo Kapsoli informa que Manuel Scorza renunció a su militancia aprista el 7 de junio de 1954. En una extensa carta, publicada en el diario mexicano El Popular y reproducida en Lima en la revista Generación, número 8 (junio de 1954)⁵⁹.

Su renuncia al aprismo perfila en él una actitud radicalmente crítica hacia este partido político. En 1980, le hablaba a Héctor Tizón del APRA en los siguientes términos:

Bueno, el APRA en sus orígenes fue un intento de encontrar un pensamiento con originalidad americana. Creo que las primeras reflexiones teóricas de Haya de la Torre siguen siendo importantes. El antiimperialismo y el APRA, por ejemplo, es un libro que deberá leerse en el futuro. En todo caso la obra de Haya tendrá que ser reexaminada, porque él hizo un intento. Ahora [bien], un intento ideológico que desgraciadamente acabó siendo el cimiento ideológico de estos regímenes mesoclasistas, que acabarían colaborando con el imperialismo de USA. Es decir, lo contrario a lo originariamente postulado⁶⁰.

En mayo de 1983, en una entrevista mantenida con Modesta Suárez, decía:

El APRA ha tenido una retórica proindigenista; y los partidos de izquierda tuvieron siempre en sus programas lo que se conoce con el nombre de «la reivindicación del indio»: el derecho a la propiedad, el derecho al reconocimiento de la personalidad humana, jurídica y cultural del indio. Pero en la práctica ha habido un abismo absoluto. Los partidos políticos existen en un país criollo que no tiene nada que ver, absolutamente nada, con el país real que viven

los indios [...] Entonces el APRA planteó el problema indio pero nunca fue más allá⁶¹.

El fin del régimen de Manuel Apolinario Odría estuvo marcado por un gran viraje político en el APRA: Su pacto de convivencia con el que llegaría a ser el nuevo gobierno. Tras las elecciones de junio de 1956, el 28 de julio, asume la presidencia de la República Manuel Prado Ugarteche. La oligarquía se alzaba con el poder aliada esta vez con el APRA. Según afirma Robert Marett,

Lo que realmente decidió la elección fue la súbita aparición [...] de Fernando Belaúnde Terry que dirigía el nuevo partido del Frente Nacional de la Juventud, más tarde [...] Acción Popular [...] No tardó en hacerse evidente el fuerte apoyo que tenía en el Sur [...] y en general entre la generación joven, desilusionada del APRA. [...] tanto Odría como Prado se volvieron ansiosamente hacia los apristas, que aunque proscritos [...] estaban desempeñando un papel trascendente en las organizaciones de trabajadores y respaldaban sus propios candidatos independientes.

[...] la orden fue que las fuerzas del APRA debían votar a Prado, que efectivamente resultó elegido.

[...] gracias a Manuel Prado, el león del APRA y el cordero de la Institución gobernaban juntos.

[...] Naturalmente, para el militante de la izquierda, esta fue una terrible traición y los más recalcitrantes desertaron al campo de Belaúnde o al campo comunista. Pero los cuadros del partido y los líderes de la vieja guardia aceptaron filosóficamente la nueva situación⁶².

En 1956 Scorza está en el Perú, se le conoce como exaprista, poeta sentimental e iracundo⁶³. Tras su retorno a Lima se convierte en un poeta solitario, como Gonzalo Rose, otro ex-exiliado, que también había dejado el aprismo tibio y cada vez más conservador⁶⁴.

Poco después de su vuelta, se casa con Lydia Hoyle, con quien tendría dos hijos, Manuel y Ana María⁶⁵. Permanecerá en el país durante los once años siguientes.

El poemario *Las imprecaciones*, publicado en México el año anterior, se hace merecedor ese mismo año, 1956, del Premio Nacional de Poesía del Perú.

En el país, mientras, hay un cierto clima de prosperidad y apertura:

La dictadura de Odría ha quedado atrás. Gobierna un oligarca civil, pero hay una pasable presión popular, que en los años siguientes se hará todavía más acentuada, hacia la libertad, la educación y la cultura⁶⁶.

En realidad, según afirma Mario Vargas Llosa, todo era un espejismo. Si bien es cierto que el gobierno de Manuel Prado Ugarteche llevó al país a una cierta bonanza económica, gracias a la política monetarista y

conservadora del ministro de Hacienda Pedro Beltrán (austeridad fiscal, presupuestos equilibrados, apertura a la competencia internacional, aliento a la empresa y a las inversiones privadas)⁶⁷ y que durante un tiempo el Perú se abrió a los intercambios con el mundo exterior, no es menos cierto que todo ello

ocurrió [...] sin que se modificara casi la estructura mercantilista y discriminatoria de las instituciones -el peruano pobre siguió embotellado en la pobreza y con pocas oportunidades de escalar posiciones-, pero trajo a las clases medias y altas un período de prosperidad⁶⁸.

Los años que corresponden al segundo gobierno de Manuel Prado Ugarteche (1956-1961), a la junta militar presidida por el General Ricardo Pérez Godoy, luego reemplazado por el general Nicolás Lindley (1962-63), y al gobierno de Belaúnde Terry hasta el golpe militar del general Juan Velasco Alvarado, el 3 de octubre de 1968,

constituyen una etapa de ascenso de luchas de las masas populares confrontadas con los efectos de sucesivas crisis económicas en los que se ahonda el deterioro político del Estado oligárquico⁶⁹.

El APRA, tras su convivencia política con el gobierno de Manuel Prado Ugarteche, inició su vida pública y consiguió una notable presencia en el poder legislativo. También se reorganizó el Partido Comunista que inició un período de crecimiento [...] Por último se desarrollaron los partidos reformistas surgidos a partir del gobierno de Odría, en especial Acción Popular dirigida por Belaúnde⁷⁰.

A mediados de los años cincuenta, según afirma Hugo Neira, surge un tercer Scorza. Al poeta y al revolucionario, se suma otro, siempre ligado a la palabra, pero de manera más pragmática, terrenal⁷¹.

Se embarca en una singular aventura editorial. Con un capital formado con la participación de socios y amigos funda una empresa denominada Populibros Peruanos. Se trata de un novedoso proyecto en la edición y distribución de libros: la venta directa, sin intermediarios, en quioscos públicos, bajo la denominación genérica de Festival del Libro. El primero de ellos tuvo un éxito inopinado: se vendieron unos 100.000 populibros en tres días⁷². La experiencia se repite en Colombia en colaboración con Jorge y Alberto Zalamea, en Venezuela con Juan Liscano, en Cuba con Alejo Carpentier⁷³.

El novelista cubano explicaba en una entrevista realizada en 1960 el nacimiento y la evolución de la experiencia en Perú:

Hace unos diez años [sic] en Lima, el joven poeta y periodista Manuel Scorza, preocupado por la venta de libros que se realizaba en Perú, realizó una encuesta y el resultado fue que no se vendían más de mil ejemplares de un título [...] después de posteriores investigaciones el escritor Scorza llegó a esta conclusión: el público entra desorientado a las librerías, y además tiene pena de no pagar el precio que le pide el librero pensando que éste [el precio] puede ser mayor que el presupuesto disponible.

Una buena selección de libros y un precio económico serían la solución, pensaba Manuel Scorza. Y así fue cómo este peruano preocupado por la cultura de su pueblo y de la América toda se dio a la tarea un tanto riesgosa pero entusiasta de preparar el Primer Festival del Libro con una selección de diez mil volúmenes de autores clásicos peruanos figurando entre ellos [el Inca] Garcilaso de la Vega, Ricardo Palma y algunos ensayos de [José Carlos] Mariátegui y poesías de [César] Vallejo. Las quince mil colecciones que formaban los ciento cincuenta mil libros, a la venta en quioscos situados en distintos lugares de la capital, se agotaron en menos de una semana.

Del Segundo Festival del Libro en Perú se vendieron doscientos mil ejemplares, y del Tercer Festival, que se llevó a otras provincias del país, se vendieron medio millón de ejemplares. Ha sido tan grande el éxito alcanzado con los Festivales del Libro en Perú que hasta el presente se han realizado veintiséis festivales en esa República⁷⁴.

De muy diferente modo traza Mario Vargas Llosa aquella experiencia editorial:

El poeta Manuel Scorza iniciaría por aquellos años unas ediciones populares de libros que tendrían enorme éxito y le harían ganar una enorme fortuna. Sus arrestos socialistas habían mermado y había síntomas del peor capitalismo en su conducta: Les pagaba a los autores -cuando lo hacía- unos miserables derechos con el argumento de que debían sacrificarse por la cultura, y él andaba en un flamante Buick color incendio y una biografía de Onassis en el bolsillo. Para fastidiarlo, cuando estábamos juntos, yo solía recitarle el menos afortunado de sus versos: Perú, escupo tu nombre en vano⁷⁵.

Si bien, según afirma Aníbal Quijano Obregón, no existe en el Perú un sólo período en que no se hayan registrado violentas revueltas campesinas⁷⁶, a finales de los cincuenta está en plena efervescencia un nuevo tipo de organizaciones, a medio camino entre la comunidad campesina tradicional y el sindicato moderno. En el sur del Perú, se moviliza un gran número de campesinos, desposeídos de sus tierras y en busca de sus derechos⁷⁷. Son las organizaciones sindicales encabezadas por Hugo Blanco:

A fines de 1958 quince sindicatos de los valles de La Convención y de Lares fundan la Federación Provincial de Campesinos de La Convención que representa a unos 1500 campesinos. En 1959, la Federación agrupa a cuarenta sindicatos y a 5500 campesinos. En 1961-62, apogeo del sindicalismo de los valles, antes del desencadenamiento de la represión contra el movimiento, existían 122 sindicatos y unos 12500 campesinos afiliados⁷⁸.

Manuel Prado Ugarteche, al iniciar su segundo mandato (1956-1962) tras el

ochenio odriísta, se había comprometido a llevar a cabo una profunda reforma agraria. Crea una comisión que no es capaz de elaborar un marco legal apropiado. A finales de los años cincuenta, el descontento de los campesinos es insostenible: toman la iniciativa, se organizan e invaden haciendas, usurpan las tierras que consideran propias. El gobierno de Manuel Prado Ugarteche responde con acciones represivas, las denominadas Operaciones Desalojo: el ejército echa a los indios y restituye las tierras a sus propietarios.

Manuel Scorza vive en Lima y todos estos hechos y sus implicaciones sociales llenan los periódicos. Las invasiones de tierras se transmiten a los Andes centrales, a los departamentos de Junín y de Pasco. Una línea de ferrocarril une esta región con Lima. El acceso a estos departamentos es fácil desde la capital. Manuel Scorza toma contacto con toda la problemática campesina de la zona centro y entra a formar parte del Movimiento Comunal del Perú, del que llegará a ser Secretario de Política⁷⁹.

El fundador del Movimiento, o Partido Comunal como lo denomina Eric J. Hobsbawm, era Elías Tacunan Cahuanca,

eminente militante de Huasichanca [valle del Mantaro], miembro del APRA desde 1930, luego organizador de las minas, y después de 1958 fundador y líder de la poderosa FEDECOJ (Federación Departamental de Comunidades de Junín) [...] Tacunan y su movimiento rompieron con el APRA en 1959 [...] para fundar [el] Partido Comunal⁸⁰.

También Rodrigo Montoya, estudioso al igual que Hobsbawm de las luchas campesinas peruanas, da noticia del fundador del Movimiento Comunal:

Elías Tacunan [Cahuanca] tuvo una práctica gremial que se acercó en algo a lo que pudo haber sido un embrión de la alianza de la clase obrera y el campesinado. Luego de muchos años en las minas [en Huasichanca] comandó una excepcionalmente exitosa lucha por la tierra de su comunidad con el apoyo de los mineros del Centro [los Andes centrales]⁸¹.

Scorza, en una entrevista publicada en Triunfo, habla de sus actividades en el conflicto:

Me incorporo al equipo de Genaro Ledesma [Izquieta], quien me encarga diversos trabajos: organizar una gran manifestación de campesinos, que iba a ser la primera manifestación autorizada en la ciudad de Cerro de Pasco, o recorro las comunidades exhortando a los campesinos a que combatan unidos. Pero, sobre todo, lo que hago fundamentalmente en Pasco es mirar y oír, tener un conocimiento humano y directo de mis personajes, iniciar una relación con mis futuros protagonistas⁸².

En este momento, en palabras de Hugo Neira,

va a nacer [...] otro Scorza. Quizá el definitivo. El Scorza investigador, vuelto hacia los hechos sociales y su expresión

narrativa [...] Los campesinos andinos se revuelven [...] En los Andes del Sur forman ligas agrarias tras Hugo Blanco; en la Sierra del Centro, más mestiza, se enfrentan a una compañía minera norteamericana, la Cerro de Pasco [Copper Corporation], desplegando una asombrosa coordinación intercomunidades. En ambos casos, los campesinos invaden; en ambos, los dirigen sus propias «élites» locales, mestizas o indias. Lo nuevo es la auto-organización y la auto-conciencia⁸³.

Manuel Scorza, en una entrevista publicada en Mester, habla de su toma de contacto con el conflicto. Parece ser que fue, en no poca medida, casual⁸⁴. Éstas son sus palabras, recogidas por Alda Teja:

Un día fui a despedir a un amigo a la Estación de los Desamparados [...] observé que había un tren en el cual cargaban soldados, ametralladoras, fusiles [...] vi que también cargaban camillas. Pregunté: «¿Qué es esto?». «Son tropas que van a controlar invasiones de tierra en el centro». «Si van a controlar, ¿por qué llevan camillas? Estos van a matar de frente», pensé [...] Pocos días después me encontré con un amigo, Véliz Lizárraga, que era uno de los fundadores de un Movimiento Comunal [...] Sabiendo que yo tenía orígenes indios, que yo era un intelectual que había recibido el premio nacional de cultura y que tenía cierto prestigio, que podía tener alguna influencia en los periódicos, me solicitó que redactara los comunicados del Movimiento Comunal. Y redactando los comunicados me di cuenta de la extrema gravedad de los sucesos que estaban ocurriendo en Cerro de Pasco y me inscribí en el Movimiento Comunal del Perú, que después se transformó en un grupo político⁸⁵.

En los Andes centrales, observa y participa; en Lima, redacta y publica los manifiestos en los que denuncia públicamente los abusos de la compañía minera y del gamonalismo. Resulta poco menos que chocante acudir a las páginas de la quinta de las novelas del ciclo La guerra silenciosa, La tumba del relámpago, para tomar noticia de sus escritos como Secretario del Movimiento Comunal. En el diario limeño El Expreso, había escrito, en diciembre de 1961, y los reproduce en La tumba del relámpago, los siguientes comunicados:

La verdad es que los comuneros no son los invasores sino al revés: son los invadidos, son las víctimas de la voracidad de los grandes propietarios de tierra⁸⁶.

Representamos a cientos de comunidades, somos la voz de miles de campesinos [...] Nosotros no hemos creado los latifundios, jamás hemos hecho uso de la violencia [...] Ni como intelectuales, ni como ciudadanos, ni como hombres podemos sentir estimación hacia nosotros mismos si guardamos silencio frente a este drama.

Ha llegado la hora de decir que si nuestras justas reclamaciones no fueran atendidas, se llevaría al país a la violencia y al caos⁸⁷.

Ha llegado el momento de preguntarse si los millones de indígenas, que constituyen nuestras comunidades, tienen algún derecho o si para ellos existe solamente el hambre, la miseria y la violencia⁸⁸.

Es durante estos años de actividad política cuando se gesta el ciclo La guerra silenciosa. Scorza, en conversación con Antonio Núñez de Molina, dice:

En 1962 finaliza el movimiento de Pasco con la victoria de los campesinos, que se quedaron en las tierras, hecho que supondría el fin del feudalismo agrario en el centro del Perú. Durante los años 1963 y 1964 regreso a los pueblos y recorro la zona, recogiendo y grabando testimonios, operación extraordinariamente delicada, porque Cerro de Pasco continuaba en estado de sitio y se habían aumentado las guarniciones militares⁸⁹.

Anna-Marie Aldaz afirma que después de que uno de los principales organizadores, el abogado Genaro Ledesma [Izquieta], fuera arrestado y llevado a la prisión de la jungla El Sepa, y otro dirigente, Fermín Espinoza [Borja], fuera asesinado, Scorza decidió hacer algunos reportajes⁹⁰.

De las palabras de la estudiosa húngara se infiere que la gestación del ciclo narrativo, las cinco novelas de La guerra silenciosa, se inscribe dentro de todo un proceso de investigación y documentación. Manuel Scorza anunciaba en la Noticia con que se abre Redoble por Rancas: «Las fotografías que se publicarán en un volumen aparte y las grabaciones magnetofónicas donde constan estas atrocidades demuestran que los excesos de este libro son desvaídas descripciones de la realidad»⁹¹.

Nunca llegaron a publicarse tales documentos gráficos y sonoros. Sin embargo, en la revista bonaerense Crisis, en el número de abril de 1974, se ocupan dos páginas íntegras con un total de doce fotografías⁹². Ya en 1991, la revista limeña Quehacer, en su número de enero-febrero, a un artículo y a una entrevista realizados por Tomás G. Escajadillo acompañan ocho fotografías en las que también aparecen personajes y escenas de las revueltas campesinas⁹³.

En enero de 1964, cuatro poemas de Manuel Scorza aparecen en la antología Poesía revolucionaria del Perú⁹⁴. Se trata de una edición preparada por Alfonso Molina en la que se recogen un total de veintisiete poetas, entre ellos César Vallejo, Alejandro Romualdo, Carlos Germán Belli, Sebastián Salazar Bondy, Luis Yáñez, Javier Heraud... Los poemas de Scorza que aparecen en esta antología son «Canto a los mineros de Bolivia» y tres más que provienen de Las imprecaciones: «Epístola a los poetas que vendrán», «Cantando espero la mañana» y «Pueblos amados». Este último es, con variantes, «Pueblos que he cantado».

Paradójicamente, estos años de intensa actividad política y de investigación de los problemas sociales también lo son de intimismo y de introspección personal. En 1960 aparece Los adioses (Lima: Festivales del Libro)⁹⁵; en 1961, Desengaños del mago (Lima: Organización Continental de los Festivales del Libro); en 1962, en una edición reducida, un poema

elegíaco: «Réquiem para un gentilhombre: elogio y despedida de Fernando Quíspez Asín» (Lima: Santiago Velarde)⁹⁶.

En Los adioses el poeta convoca, en líneas generales, todo el desconsuelo que sigue a una ruptura amorosa. Uno de sus más bellos poemas, «Serenata», puede ser considerado como centro de todo el proceso:

Íbamos a vivir toda la vida juntos.
Íbamos a morir toda la muerte juntos.
Adiós.

No sé si sabes lo que quiere decir adiós.
Adiós quiere decir ya no mirarse nunca, 5
vivir entre otras gentes,
reírse de otras cosas,
morirse de otras penas.
Adiós es separarse, ¿entiendes?, separarse,
olvidando, como traje inútil, la juventud. 10

¡Íbamos a hacer tantas cosas juntos!
Ahora tenemos otras citas.
Estrellas diferentes nos alumbran en noches diferentes.
La lluvia que te moja me deja seco a mí.
Está bien: adiós. 15
Contra el viento el poeta nada puede.

A la hora en que parten los adioses,
el poeta sólo puede pedirle a las golondrinas
que vuelen sin cesar sobre tu sueño.

Desengaños del mago es un libro en el que se detecta una fuerte tendencia hacia lo enigmático y hacia la imaginería surrealista⁹⁷. Idéntica es la opinión de Hildebrando Pérez cuando dice que hace recordar la exploración onírica de Bretón y las huestes surrealistas⁹⁸. El poeta indaga en los sentidos del paulatino e inexorable alejamiento de la juventud. La imaginación puebla los recuerdos, el presente se impregna de una violenta tristeza. Pareciera que el poeta alberga una única fe, la fe en lo maravilloso, y sus versos se llenan de un vivo colorido, y la naturaleza se muestra en una dimensión casi mágica. Idéntica es la opinión de Armando Rojas: los poemas nos muestran a un hombre que muy fugazmente hizo suya la fe en lo maravilloso⁹⁹. El segundo poema del libro, «Vals gris», puede ser una buena muestra:

La torres más valientes
agachan la cabeza
cuando el otoño llega
con el plumaje acibillado.

En otoño los árboles 5
encienden sus ojos más tristes.

Otoño sin embargo era
cuando miré en tus ojos
comarcas donde ardía otro sol.

Agosto, el cojo malvado, 10
escupía las ventanas;
la niebla graznaba en los tejados.

Pero nosotros caminábamos
-oh praderas, oh puentes-
por países de diamante. 15

Tus veinte años saltaban como peces
y el corazón merlín se me saltaba.

En el palacio de las luciérnagas
bailamos danzas desgarradoras.

Hoy llega sin ti el otoño 20
y sin ti los crepúsculos desalentados
sólo saben ponerse sus viejos trajes.

Los pájaros idiotas
repiten verdosos
las canciones de ayer. 25

Lentas cruzan el cielo
las tardes astrosas.

Pobre es el mundo:
sólo tú autorizaste lo maravilloso.

Vivir es largo. 30
Ave carnicera es la Melancolía.

Réquiem para un gentilhombre. Elogio y despedida de Fernando Quíspez Asín es, según opinión de Anna-Marie Aldaz, una agitada elegía¹⁰⁰.

Hugo Neira informa de la muerte que origina el canto elegíaco:

Una madrugada limeña amanece muerto víctima de una pateadura Fernando Quizpe [sic] Asín, bohemio, pintor, amigo de Scorza. Alguien -el crimen quedó impune-, fatigado de la insolencia del bohemio, un tanto tomada de los bares de Montparnasse y mal aclimatada a los cafés chinos sin piedad de los barrios malevos de Lima, concluyó con ese Príncipe en harapos. ¿Quién cantará al marginal, al maldito en la pacata Lima? Sólo el poeta de la distancia y el retorno, Manuel Scorza¹⁰¹.

El poema se abre con la tremenda constatación de la ausencia definitiva del amigo y se cierra con un imperioso mandato:

¡Silencio!
¡Silencio para siempre!
¡Silencio ante las ruinas humeantes de la alondra!

Los versos componen una vasta galería en la que son invocados personajes fabulosos (Emperadores insolentes, invencibles faraones, Señores de los Siete Mundos, jaspeados Arzobispos, las manos de los Césares, Profetas) y artistas del pasado (Mozart, van Gogh). La arquitectura se hace fantástica (basílicas de líquen, parroquias de moho, labrados palacios de estiércol, torre de verdes cabellos, filudo laberinto) y la naturaleza se presenta en sus rasgos más oníricos (ballenas que lanzan amarillos chorros de pena, plumaje colérico del mar, famélicos ojos del coyote) para acompañar a Fernando en su muerte.

La voz del poeta relampaguea vivamente emotiva entre tan brillante imagería cuando evoca a su amigo:

Ya nunca más veremos
a ese caballero
que para mí era un prado
de verde amistad, ²⁰
un huerto donde crecían
frutas llameantes de inteligencia,

uvas bondadosas,
naranjas irónicas,
melocotones sabios, 25
un pensil que era hermoso contemplar
cuando los atardeceres,
fatigados de belleza,
atravesan los aires con sus caravanas de vidrio¹⁰².

En 1963, el año en que Fernando Belaúnde Terry es elegido presidente, la Comisión Nacional de Cultura pide a Scorza la confección de una antología de poetas peruanos modernos. Selecciona obras de jóvenes escritores preocupados por problemas sociales. En las palabras de preámbulo, titulado «Advertencia», trata de definir a la llamada generación de los cincuenta. Entiende que en ella se dan cita los herederos de César Vallejo:

Es durante esta generación que el fenómeno social se va a convertir en una preocupación obsesionante. Es ahora cuando va a florecer una flamígera literatura de protesta, una ardiente poesía de combate¹⁰³.

La línea que plantea se corresponde con muchos de sus propios poemas, pero no se incluyó a sí mismo en la antología. La Comisión Nacional de Cultura rectificó esta omisión y explicó en una nota que Manuel Scorza debía estar representado. Seleccionó un total de seis poemas: tres de Las imprecaciones, «Canto a los mineros de Bolivia» y dos poemas más¹⁰⁴. Mientras recorre los Andes centrales como miembro del Movimiento Comunal, mientras lleva a cabo la labor de documentación que le conduciría a la escritura del futuro ciclo novelesco, compone «Cantar de Túpac Amaru»¹⁰⁵. Manuel Scorza, en conversación con Héctor Tizón, afirma: «He escrito un largo poema épico sobre Túpac Amaru, que va a publicar próximamente la Universidad de San Marcos»¹⁰⁶.

No obstante, nunca llegó a publicarse íntegramente. En 1969, aparecieron algunas de sus divisiones poéticas numeradas en la revista limeña Cantuta (I, III, VII, VIII, XI, XII, XIV y XXI)¹⁰⁷. Fueron recogidas posteriormente en la reunión Obra poética (1990); no así en la de 1976, Poesía incompleta.

Según opinión de Anna-Marie Aldaz, este poema épico representa, en cierta medida, la transición del poeta al novelista¹⁰⁸. Ciertamente «Cantar de Túpac Amaru» parece anunciar algunas de las claves de La guerra silenciosa¹⁰⁹. Dos serían los rasgos que preludian el ciclo novelesco: el punto de vista de la voz narrativa y el empeño con que se hace hincapié en el omnímodo poder de los opresores.

En el ámbito de la poesía peruana, los más cercanos antecedentes de esta obra de Manuel Scorza se hallan en sendos poemas de José María Arguedas

(«Tupac Amaru Kamaq Taytanchisman. Haylli-taki. A nuestro padre creador Túpac Amaru. Himno-canción», 1962) y de Alejandro Romualdo («Canto coral a Túpac Amaru, que es la libertad», 1958). El más lejano, en un drama en verso de Luis Ambrosio Morante, Túpac Amaru (1821)¹¹⁰. En el ámbito del continente debe tenerse en cuenta Canto general (1950) que, editado en México, sin duda conocía Manuel Scorza.

Si bien es innegable que las raíces de esta extensa obra nerudiana se hallan en la experiencia humana del poeta, también debe reconocerse que en ella habitan -según afirma Emir Rodríguez Monegal- grandes dosis de liberación pedagógica y de intención política¹¹¹. Pero, por encima de todo, Pablo Neruda se muestra constantemente en su doble papel de testigo del heroísmo ajeno y de las violaciones de América, y cantor de esos mismos hechos¹¹².

En la parte IV de Canto general -designada con el nombre de «Los libertadores»- puede leerse un poema cuyo título es «Túpac Amaru (1781)». Conviene considerar algunos versos de este poema, sobre todo aquellos en que se muestra más vívidamente una dimensión política. Porque posiblemente Manuel Scorza va a repetir ese mismo hábito de reivindicación social y política en su «Cantar de Túpac Amaru». Pablo Neruda escribe:

Señor Inca...

[...]

El indio te mostró la espalda
en que las nuevas mordeduras
brillaban en las cicatrices

[...]

Era un sollozo y otro sollozo.
Hasta que armaste la jornada
de los pueblos color de tierra, 25
recogiste el llanto en tu copa
y endureciste los senderos.

[...]

y Túpac es una semilla, 35

[...]

y Túpac se guarda en el surco,

[...]

y Túpac germina en la tierra. 55

(«Túpac Amaru, 1781»)

Pero conviene volver a la poesía peruana. En 1962, José María Arguedas publica «Tupac Amaru Kamaq Taytanchisman. Haylli-taki. A nuestro padre creador Túpac Amaru. Himno-canción»¹¹³. Se trata de un texto bilingüe que traduce al castellano el propio José María Arguedas. Según sostiene Mario Vargas Llosa, éste es el primero de sus poemas escrito directamente en quechua (escribiría cinco más)¹¹⁴.

La composición va precedida por una emotiva dedicatoria:

Lucanas india, mamay Doña Caytanaman, Auqa wasipi, wakcha warmalla
kasiaqtiy, pay, urpi sonqonwan, khuyay weqenwan uywallawarqa.
Tawantin Puquio ayllukunaq allin qarinkunaman. paykunapin qawarqani
warma sonqoywan comunerupa kallpanta, imay mana ruway atisqanta.

A doña Cayetana, mi madre india, que me protegió con sus lágrimas y
su ternura cuando yo era un niño huérfano alojado en una casa hostil
y ajena. A los comuneros de los cuatro ayllus de Puquio en quienes
sentí por vez primera la fuerza y la esperanza.

El poema, editado en España por la revista *Anthropos* 115, es un largo y
hermoso poema de aliento épico con intermedios líricos. Una voz plural, la
del pueblo indio contemporáneo, exalta la memoria del hijo del Dios
Serpiente, Túpac Amaru, y la angustia alejada de toda resignación:

Qaparisianin, llaqtaykin kani, runayki; qanpa mosoqmanta ruwasqaykin
nunay, weqey, mana tanisqa kiriy. Qan rimasqaykimanta, yawar
mikuqjierroespañolwan maqanakusqaykimantan, uyanta toqasqaykimantan,
yawarniki timpuq allpapi timpusqanmqntan manaña sonqoypi qasilla
kanñachu. Rupayllañan kan, amaru cheqniyllañan kan, supay
weraqochakunapaq, sonqoypi.

(verso 3)

Estoy gritando, soy tu pueblo; tú hiciste de nuevo mi alma; mis
lágrimas las hiciste de nuevo; mi herida ordenaste que no se
cerrara, que doliera cada vez más. Desde el día en que tú hablaste,
desde el tiempo en que luchaste con el acerado y sanguinario
español, desde el instante en que le escupiste a la cara; desde
cuando tu hirviente sangre se derramó sobre la hirviente tierra, en
mi corazón se apagó la paz y la resignación. No hay sino fuego, no
hay sino odio de serpiente contra los demonios, nuestros amos.

(verso 3)

El poeta también pone de relieve la comunión entre el mundo andino y la
naturaleza:

Mayun takisian,
tuyan waqasian,
wayran muyusian,
ichun, tuta punchay sukasian.
Wamanikunaq, apukunaq kirunpi, riti sutusian.
hatun mayunchijmi qaparisian.
¡Maypitaq kantu ñoqayku rayku wañusqaykimanta!

(versos 4-10)

Está cansado el río,
está llorando la calandria,
está dando vueltas el viento;
día y noche la paja de la estepa vibra;
nuestro río sagrado está bramando;
en las crestas de nuestros Wamanis montañas, en sus dientes,
la nieve gotea y brilla.
¿En dónde estás desde que te mataron por nosotros?

(versos 4-10)

Y convoca al Dios Serpiente. Le convoca a escuchar la violencia y la opresión desatadas que recorren el continente. También nombra Cerro de Pasco que vivía, en los años de publicación del poema, las revueltas que posteriormente se novelan en La guerra silenciosa:

Uyariy, papay, Amaruy, uyarikuy:
balan sipisian,
metrallan yawarta toqyachisian,
jierro cichullun runaq aychanta kuchuchkan,
cawallun, irrajinwan, upa, yazca chakinwan umayta, wiksaykuta
ñitisian,
kaypipas maypipas:
chiri wasa Cerro de Pasco orqokunapi,
riti pampa allpaykipi,
rupaq, chin niq yunka, comer kanchariy yunkakunapi.

(versos 23-31)

Escucha, padre mío, mi Dios Serpiente, escucha:
las balas están matando,
las ametralladoras están reventando las venas,
los sables de hierro están cortando carne humana;
los caballos, con sus herrajes, con sus locos y pesados
cascos, mi cabeza, mi estómago están reventando,
aquí y en todas partes;

sobre el lomo de las colinas de Cerro de Pasco,
en las llanuras frías, en los caldeados valles de la costa,
sobre la gran yerba viva, entre los desiertos.

(versos 23-31)

También debe tenerse en cuenta como antecedente del «Cantar de Túpac Amaru» de Manuel Scorza el poema que Alejandro Romualdo publica el año 1958 en la obra Edición extraordinaria¹⁶.

Los treinta y nueve versos de «Canto coral a Túpac Amaru, que es la libertad», sus efectos de simetría y sus reiteraciones confieren al conjunto un ritmo y una sonoridad vivamente entroncados con la letanía. El poema va precedido de una cita: «Yo ya no tengo paciencia para aguantar esto» (Micaela Bastidas)¹⁷. He aquí el poema de Alejandro Romualdo:

Lo harán volar
con dinamita. En masa,
lo cargarán, lo arrastrarán. A golpes
le llenarán de pólvora la boca.
Lo volarán: 5
¡y no podrán matarlo!

Lo pondrán de cabeza. Arrancarán
sus deseos, sus dientes y sus gritos.
Lo patearán a toda furia. Luego
lo sangrarán: 10
¡y no podrán matarlo!

Coronarán con sangre su cabeza;
sus pómulos, con golpes. Y con clavos
sus costillas. Le harán morder el polvo.
Lo golpearán: 15
¡y no podrán matarlo!

Le sacarán los sueños y los ojos.
Querrán descuartizarlo grito a grito.
Lo escupirán. Y a golpe de matanza
lo clavarán: 20
¡y no podrán matarlo!

Lo pondrán en el centro de la plaza,

boca arriba, mirando al infinito.
Le amarrarán los miembros. A la mala
tirarán: 25
¡y no podrán matarlo!

Querrán volarlo y no podrán volarlo.
Querrán romperlo y no podrán romperlo.
Querrán matarlo y no podrán matarlo.

Querrán descuartizarlo, triturarlo, 30
mancharlo, pisotearlo, desalmarlo.

Querrán volarlo y no podrán volarlo.
Querrán romperlo y no podrán romperlo.
Querrán matarlo y no podrán matarlo.

Al tercer día de los sufrimientos, 35
cuando se crea todo consumado,
gritando ¡libertad! sobre la tierra,
ha de volver.

Y no podrán matarlo.

El poema, transparente en apariencia, alude a dos símbolos y en ellos se sustenta. Por un lado, Cristo y el sacrificio; por otro, la tradición incaica, la tortura de Túpac Amaru a manos de sus verdugos en la plaza del Cuzco¹¹⁸. Más allá del tenso dramatismo y de la desgarrada violencia con que es contemplada y se expresa la tortura y el aniquilamiento del líder rebelde, un verso repite un único y pertinaz son de bordón: ¡y no podrán matarlo! Obstinadamente, se repite, tras cada estrofa, un anuncio de esperanza.

Según la opinión del crítico Antonio Melis, que prologa la edición de Poesía íntegra, la obra poética completa de Alejandro Romualdo, en un momento de crisis y cambio este texto representa la asimilación creativa de la lección vallejana. Romualdo intuye la solución para una poesía política que no sea celebración del presente o lamentación sobre el pasado, sino proyección utópica hacia el porvenir¹¹⁹.

El poema de Manuel Scorza apenas nombra a Túpac Amaru más que en el

título; sin embargo, su espíritu es invocado como la fuerza que empuja a las comunidades indias a levantarse contra la opresión. Se inspira en la figura de José Gabriel Condorcanqui Noguera (1738-1781). Cacique de Pampamarca, Tuangasuca y Surinama, tenía un origen ilustre: Descendía en línea recta de doña Juana Pilcowaco, hija del último inca Túpac Amaru, ajusticiado por el virrey de Toledo en la plaza del Cusco el año 1572¹²⁰. Según afirma Joseph Pérez, gestionó y consiguió, ante la Audiencia de Lima, ser reconocido por la corona heredero de los señores que fueron de estos reinos¹²¹. Adopta, así, ante la historia, el nombre con el que entre los suyos ya era reconocido: Túpac Amaru.

Según afirma Antonio Cornejo Polar, la rebelión que promovió es la manifestación mayor de cuantos movimientos son genéricamente reconocibles por sus raíces indígena y campesina¹²². Pero no sólo eso, en palabras de Carlos Daniel Valcárcel (una de las voces más autorizadas sobre el levantamiento de Túpac Amaru según opinión de Antonio Urrello)¹²³, la rebelión de Túpac Amaru es el movimiento anticolonialista, reivindicador y precursor de justicia social e independencia política más importante que haya tenido el Perú¹²⁴.

Puede decirse que comienza con una protesta contra la tiranía colonial. Le sigue la gestión pacífica dentro del marco de la ley. Cuando los cauces administrativos han sido agotados, Túpac Amaru ensaya la reclamación judicial. Silencio, ineficacia, desinterés son los sucesivos encubrimientos de una doble respuesta: mal gobierno e injusticia. El sábado 4 de noviembre de 1780 estalló la gran rebelión¹²⁵.

Según opinión de Arturo Andrés Roig, la lectura de los documentos del levantamiento muestra dos facetas en el pensamiento y la acción de José Gabriel Condorcanqui Noguera¹²⁶. Por un lado, los documentos exponen, de manera minuciosa, la injusta explotación a que está sometida la población indígena, sobre todo en las minas y en los obrajes textiles. Por otro lado, propone la primera gran utopía de la unidad continental, la idea de una Sudamérica; lo hace a través de un texto solemne¹²⁷.

Alberto Flores Galindo opina, por su parte, que el movimiento de Túpac Amaru reunió una serie de rasgos y características muy diversas, incluso antagónicas. Contenía un programa antifiscal, un propósito integrador, la lucha anticolonial, una base mesiánica y, también, un germen de revolución social. A su parecer, la sublevación de 1780, aun a pesar de los propósitos conscientes y originales de sus líderes, terminó siendo, con la destrucción de iglesias, haciendas y obrajes, con el papel protagónico y violento de las masas campesinas, una «revolución social»¹²⁸.

Ya se ha dicho que el «Cantar de Túpac Amaru» que compuso Manuel Scorza nunca se ha publicado en su integridad, tan sólo pueden leerse ocho de sus divisiones poéticas numeradas. Cuanto pueda decirse sobre esta obra es, pues, provisional. Pero hay aspectos muy concretos que pueden ser comentados.

El poema se abre con una invocación a las comunidades indias, a los hombres que las integran, a los peruanos que viven bajo la injusticia. Son convocados al canto, a escucharlo. Así, puede leerse en la división poética I:

¡Reuníos, reuníos!

¡Hombres del Perú, hombres perseguidos como piojos, hombres pisoteados, hombres tallados a sablazos, hombres que tienen una sola camisa!
¡Escuchad el cantar de la Guerra de los Pobres, oíd el cantar de Túpac Amaru!

Este aspecto, el imperativo con que el poeta desea reunir ante sí a quienes convoca, no ya a un auditorio en su mero valor retórico, sino al lector, es una clara muestra de que el poema podría ser inscrito dentro de una poesía de sentido político. Antonio Melis, que ha estudiado los rasgos de que participa este tipo de poesía en el Perú, opina que la profusión de imperativos establece una relación unilineal con el lector¹²⁹. Otro de los rasgos de la poesía política es el empleo de un repertorio metafórico en el que predominan las imágenes convencionales. Éstas, en su alternancia con las provenientes de ámbitos surrealistas, redundan aún más en la anulación de la participación activa del lector. He aquí un ejemplo, la breve división poética III:

Era invierno.

Era invierno,
en los pasos
aullaba el año famélico.
¡Sólo encontraba carroña! 5
Era invierno cuando chisporroteó la Rabia.
¿Y dónde humeó la pelea?
¿En Lima, la Tapada?
¿En Huamanga, la Beata?
¿En Trujillo, la Florida? 10
¿En el Cuzco, por sus tesoros famosa?

¡En Tungasuca, la Mendiga, empolló su flamígero huevo la Revuelta!

Manuel Scorza no quedó satisfecho con esta obra que -quizá- quedara incompleta. Lo cierto es que el poema, en contra de lo que el poeta pretendía, avanza por una vertiente de índole política y no épica. Es en verdad significativo que el poema no llegara a ser incluido por Manuel Scorza en la reunión poética Poesía incompleta. En 1978, le decía a Josep Sarret: «no sé si lo voy a publicar [...] tengo ciertas vacilaciones; no

estoy seguro de haber logrado dar la auténtica dimensión de Túpac Amaru»130.

En 1966 se divorcia de su primera esposa. El año siguiente se casa con Cecilia Hare y, juntos, deciden abandonar Perú. Los últimos meses habían sido, según dice Manuel Scorza, especialmente difíciles, y peligrosos:

Asistí impotente a las más terribles escenas: prisiones, fusilamientos, masacres, asaltos. La prensa no informaba nada y a los que queríamos denunciar la situación nos reprimían. Yo fui enjuiciado junto a otros participantes, acusados de atacar la seguridad del Estado, con mayúscula. Yo era pasible de cinco años de cárcel, así que decidí salir del país131.

Cecilia Hare y Manuel Scorza recorren algunos países de América Central y residen durante mes y medio en México. En este país publica el que sería su último poemario: *El vals de los reptiles*132. En conversación con Tomás G. Escajadillo en 1979 dice el poeta: «He escrito un libro tan complicado como *El vals de los reptiles* en 1967, y se publica en 1970, junto con [al mismo tiempo que] *Redoble por Rancas*»133.

Sobre este poemario hablaba con Josep Sarret en 1978:

Muchos críticos consideran que el más importante de mis libros no es una novela, sino *El vals de los reptiles*, que es un libro de una tensión, de una textura de terror tal, que después de él ya no vislumbré más que la locura. Yo había llegado al borde de la locura en poesía y tuve que retroceder: la guerra campesina, entonces, me permitió reencontrar la vida a través de la palabra134.

Tres partes integran el poemario. La primera de ellas, carente de denominación específica, recoge un total de cuatro poemas titulados con nombres femeninos: «Eva», «Lorena», «Dalmacia» y «Eunídice». Las partes segunda y tercera son, en verdad, dos largos poemas: «La trompeta» (con siete divisiones poéticas numeradas) y «El falso peregrino» (con nueve divisiones poéticas numeradas).

«Eva», «Lorena», «Dalmacia» y «Eunídice» presentan, a través de una imaginería profundamente surrealista, violenta, desgarrada, el insondable pasmo en que se halla el poeta: la disolución de sus sueños, también de su voz poética.

Eva y yo a picotazos disputábamos
los gusanillos de los años
[...]
Por las playas buscábamos delirios, quizás estrellas,
megaterios. 15

(«Eva»)

¡Decenios he mezclado pócimas para hallar
la palabra!
¡No hay palabra! 20
La quimera no permite acariciar su plumaje.
La pasión no es comunicable.
Las galaxias se alejan a trescientos mil
kilómetros por suspiro de nuestros labios.

(«Lorena»)

Yo grité desde los acantilados:
¡Dalmacia, es difícil vivir! 25
¡Es difícil llevarse a los labios tazas
humeantes de sueños!

(«Dalmacia»)

¡No me marcharé! 40
Mis días enflaquecerán en su jaula.
No partiré.
Nunca escaparé del corral de mi piel.

(«Eunídice»)

Puede decirse que estos cuatro poemas son una introducción tras la cual el poeta queda involucrado en un conjuro. Sus sueños, también su voz, han vivido una suerte de embrujo, una suerte de encantamiento. Eva, Lorena, Dalmacia y Eunídice, hembras-reptil, han bailado su vals ante los ojos enfebrecidos y atónitos del poeta. Éste ha quedado hechizado:

No sé lo que digo:
el calor me enloquece,
arranca los tentáculos de mi canción retorcida.
[...]
No, no es el calor.
[...]
¡Hombre de cabeza cortada, hombre

de sombra cortada
[...]
[...] tu oreja cortada,
[...] tu alma cortada,
[...] tu sonrisa cortada!

(«Eunídice»)

Poseído por una voz que no reconoce como propia, habitado por el sortilegio del maligno hechizo de que ha sido víctima, el poeta inicia la escritura de la siguiente parte del libro. Puede decirse que estos cuatro poemas introductorios pretenden ser en el lector el período de acomodación a una voz poética en verdad inundada por la amargura, desconsolada en una insondable tragedia para el poeta: la poesía no es capaz de habitarle; le habitan, en su lugar, el insomnio y la pesadilla.

Rogad por mí. 50
Pedid por el apestado.
Rogad por el calcinado.
Pedid por el inundado.
Suplicad a la noche que descargue su hacha de nieve.
Estoy clavado al alfiler 55
de mi pasión sombría.
Orad para que las estatuas alcancen
a conciliar el sueño.

(«Eunídice»)

«La trompeta», en sus siete divisiones poéticas numeradas, supone el descenso a la irracionalidad, al dolor de los sueños imposibles de ser logrados:

Y así envueltos en el manto de ceniza
de los desastres, intacto el cetro de rocío
de los tahúres, las escalinatas del desengaño
descendemos.

(«La trompeta»)

«El falso peregrino» consta de nueve divisiones poéticas numeradas. Los siete versos de la primera no sólo son una introducción, sino también la anticipación del final de la obra.

Cuando terminó el verano el falso peregrino
quebró su huevo,
travesó la floresta de sus crímenes,
descendió la escalinata,
el parque conducía a un verano, a una 5
vida anterior.
Melena al viento enfiló hacia la ciudad.

(«El falso peregrino», I)

Es el atardecer:
quiebra su huevo, 20
atraviesa la floresta de sus crímenes,
desciende la escalinata,
el parque conduce a un verano, a una vida anterior.

(«El falso peregrino», IX, «El campo en primavera»)

Las restantes ocho divisiones poéticas numeradas de «El falso peregrino» poseen título. Son, ordenados, los siguientes: «Mocedades del Cid», «El niño asombra a los sabios de Sión», «Primeros milagros», «Manjares de la amistad», «La partida», «El centelleante pájaro del amor», «El reo pretexto ser príncipe de las golondrinas», «El campo en primavera». La mera lectura de los títulos depara un a modo de biografía de un personaje legendario o fabuloso. Este desarrollo, llamémosle vital, de la vida de una persona, que acaba con la arribada a un estadio de felicidad y de dicha («El campo en primavera»), queda enmarcado en el círculo de un inicio y de un final idénticos, los versos que más arriba han sido transcritos.

Si las dos primeras partes de El vals de los reptiles, los cuatro poemas con nombres de hembra-reptil («Eva», «Lorena», «Dalmacia», «Eunidice») y las siete divisiones poéticas numeradas de «La trompeta» suponen un descenso a la pesadilla o al insomnio, la íntegra totalidad de la tercera parte, «El falso peregrino», supone la arribada al despertar o a la luz. Por otro lado, convendría caer en la cuenta del sintagma que da título a la tercera parte. «El falso peregrino», entendido no sin cierta dosis de ironía, expresa una realidad biográfica ineludible en el poeta cuando

escribe *El vals de los reptiles*: un falso peregrino es un exiliado. El poemario, en su conjunto, expresa un proceso profundamente doloroso. Sin embargo, la voz del poeta, después de haber sido habitada por el estremecimiento y el desgarró, por la sombra y la alucinación, se recobra para anunciar su vuelta a la vida. Verdaderamente, merece la pena recordar las palabras que, sobre este poemario, Josep Sarret recogiera de Manuel Scorza: «Es un libro de una tensión, de una textura de terror tal, que después de él ya no vislumbré más que la locura. Yo había llegado al borde de la locura en poesía»¹³⁵.

El poeta, después de *El vals de los reptiles*, no publica más poemarios; el mismo año de la publicación de *El vals de los reptiles* aparece su primera novela, *Redoble por Rancas*. Pero se trata de un narrador dotado de una cualidad muy especial. De ella habla Augusto Tamayo Vargas:

Ha devenido [...] de la poesía a la narración, con un arsenal literario a cuestas, llevando la ventaja de poder implementar su prosa con ese riquísimo material poético que es indispensable para el desarrollo de un vasto campo de novelar¹³⁶.

A finales de junio de 1977, en una entrevista televisiva en el programa cultural *A fondo*, Manuel Scorza le decía a Joaquín Soler Serrano: Yo creo que fundamentalmente soy un poeta, un poeta que escribe novelas¹³⁷.

A partir de *Redoble por Rancas*, Scorza será por definición el novelista de las luchas campesinas en el Perú¹³⁸. No obstante, según confesaba a Ricardo González Vigil en una entrevista publicada en marzo de 1982:

Yo me propuse primero hacer un informe de tipo político. Cuando lo leí, me di cuenta que era totalmente insuficiente, totalmente frío, no reflejaba nada. Después -alrededor del año 1968-, me di cuenta de que debía escribir novelas, que debía contar tratando de ponerme en los ojos de los protagonistas, pero no añadiendo fantasías sino prolongando sus metáforas¹³⁹.

El ciclo novelístico que inicia *Redoble por Rancas* no sólo pretende ofrecer la mera descripción de las luchas campesinas. Manuel Scorza admite:

no podía seguir en el plano indigenista porque la oligarquía literaria del Perú y de América Latina había anulado la tradición de luchas campesinas [...] porque estaba representada por una literatura que yo llamaría indigenista hecha por blancos [...] ha sido una literatura de denuncia pero mal escrita. Y en tanto que había sido una literatura mal escrita [...] había provocado la fácil refutación, el desprecio, la indiferencia y el silencio. Entonces yo necesitaba en mi ánimo romper ese silencio [...] Porque hablo justamente de un problema intolerable que es el problema de la lucha campesina. [El ciclo novelesco] no se propone exclusivamente la descripción de la sociedad india sino la descripción épica de una sociedad en lucha contra los opresores¹⁴⁰.

Redoble por Rancas se publica en 1970. Pero, ¿en qué momento se inicia la escritura del ciclo novelesco? Según afirma Albert Bensoussan, la redacción de Redoble por Rancas se inició una vez que ya estaba establecido en París¹⁴¹. No antes de 1968 entonces. También Modesta Suárez habla explícitamente de esa fecha: el conjunto de esta balada gigantesca emprendida en 1968¹⁴². Idéntica noticia ofrece Hugo Neira:

Desembarca un día en París, cargado de cintas grabadas, documentación y la memoria emocionada de lo visto, dispuesto a dedicarse a escribir la saga de novelas [...] debe haber llegado a París hacia 1968¹⁴³.

En la entrevista con Modesta Suárez, realizada en mayo de 1983, apenas seis meses antes de su muerte, habla el propio Manuel Scorza del proceso de gestación del ciclo:

Cuando tomé conciencia de la gravedad del problema [de las luchas campesinas], vine a Lima y entonces publiqué los manifiestos que encuentra Ud. allí en el Movimiento Comunal [los que aparecen en La tumba del relámpago]. Entonces yo me organicé.

El fondo histórico sobre el cual hay que colocar Redoble por Rancas es la realidad de La tumba del relámpago. En esta hora el ciclo estaba naciendo y yo necesitaba del punto de vista de la novela para contar un mundo cerrado. No podía explicar todo el contexto. Con respecto a Rancas, no todos fueron documentos, sino testimonios orales que recogí, notas cuando hablé con los sobrevivientes de la masacre. Yo recorrí la zona durante varias semanas, recogiendo testimonios. Y sobre estos testimonios hice el libro. He tenido dos tipos de informaciones sobre este problema concreto. Primero, una parte de los hechos la viví y la vi; y la otra parte, que es la parte fundamental, no la vi, pero la registré mediante grabaciones. Recorrí durante muchos meses la zona de manera clandestina, cuando después de 1962 en Cerro de Pasco se siguió el estado de sitio en la práctica. Era muy difícil moverse, era muy peligroso. En esos momentos fui porque tenía ya la intención de escribir una crónica al respecto. E inicialmente pensaba hacer una crónica y la crónica luego se transformó en novela¹⁴⁴.

Más arriba han sido citadas otras palabras de Manuel Scorza pertenecientes a su conversación con Josep Sarret en 1978. Se infiere de ellas la positiva experiencia que le supuso la escritura de las luchas campesinas mientras concluía El vals de los reptiles: «Había llegado al borde de la locura en poesía y tuve que retroceder: la guerra campesina, entonces, me permitió reencontrar la vida a través de la palabra»¹⁴⁵.

Probablemente el ciclo novelesco (Redoble por Rancas cuando menos) se inicia antes de su llegada a París, antes de 1968. Se infiere en la entrevista con Tomás G. Escajadillo en 1979. Manuel Scorza afirma: «En el año 67 ó 68, ya Redoble por Rancas estaba escrito. Una primera versión, es cierto, pero ya estaba escrito. Y hacía apenas un año que había salido Cien años de soledad»¹⁴⁶.

Editorial Sudamericana publica la novela de Gabriel García Márquez en mayo de 1967. Manuel Scorza está en París, según afirma Josep Sarret, en vísperas de mayo de 1968¹⁴⁷.

Quizá Manuel Scorza llega a Europa con un primer manuscrito de *Redoble por Rancas*. Claude Couffon así lo testimonia:

En 1968 le vi llegar [...] Me traía el manuscrito que acababa de concluir. Cuando comencé a leerlo, su interés me absorbió por completo. El primer capítulo contaba cómo una pequeña moneda caía una noche del bolsillo del juez Montenegro, señor y dueño de Rancas [se trata de un lapsus: Montenegro posee la hacienda Huarautambo], un pueblo olvidado de los Andes peruanos, y trastornaba la vida cotidiana¹⁴⁸.

Una vez en París desempeña el cargo de lector de literatura hispanoamericana en la Ecole Normale Supérieure de Saint Cloud. El mismo año que la UNAM publica en México su poemario *El vals de los reptiles*, 1970, aparece en Barcelona *Redoble por Rancas*. La publicación de esta novela propicia a su autor una fama editorial y un número de lectores de todo punto excepcional. También posibilita un hecho sorprendente: con su acostumbrado tono irónico lo evoca el mismo Scorza en conversación con Manuel Osorio:

Para mí, los libros son un recurso de apelación. Cuando en América Latina se pierden todas las instancias -por ejemplo, cuando en un combate humano un Gobierno masacra a todo un pueblo-, entonces queda la posibilidad de escribir un libro, y el libro reabre el debate. La rebelión de los comuneros de Cerro de Pasco -una de los miles de rebeliones que recorren clandestinamente nuestra historia continental- hubiera desaparecido en el olvido. Al aparecer *Redoble por Rancas*, reabre el debate y el propio presidente Velasco se ve obligado a liberar al personaje de este libro, Héctor Chacón, el Nictálope, que se encontraba en prisión. Este campesino pobre salía, después de once años de prisión¹⁴⁹.

En 1974, la revista bonaerense *Crisis* daba puntual noticia del evento: Héctor Chacón, el Nictálope, escribe una carta a la revista *Caretas* confirmando que se encuentra cumpliendo desde hace once una condena de veinticinco años [Se trata de un lapsus: Según se verá más adelante la condena era de dieciséis años] de cárcel por haber ejecutado a un traidor a la comunidad de Yanacocha. La carta provoca intensa emoción. Un grupo de escritores peruanos constituye un comité pro-liberación del Nictálope. Scorza viaja al Perú para solicitar la libertad de Héctor Chacón.

El presidente del Perú general [Juan] Velasco Alvarado anuncia que Héctor Chacón, «símbolo del sufrimiento de los comuneros del Perú», será liberado el 28 de julio [de 1971], sesquicentenario de la Independencia del Perú¹⁵⁰.

La campaña se había iniciado con una carta de Manuel Scorza, fechada en París el 26 de abril de 1971 y dirigida a la revista Caretas. Agradecía el comentario favorable que esta revista había hecho de su primera novela. También escribía:

El libro ha nacido de acontecimientos reales y ciertos personajes son de carne y hueso [...] Por ejemplo, Héctor Chacón, el Nictálope, existe. La última vez que lo vi me saludó con la mano desde el muelle del Frontón, desde el fondo de su condena. Que yo sepa todavía sigue preso en El Sepa [...] El pasado febrero cumplió los dos tercios de su condena a 16 años [...] Por la misma época recibí la carta de un comunero de Pasco cuya fotostática adjunto [...] Me pedían gestionar la libertad de Chacón. Yo escribí a quienes tienen el deber de interesarse en su libertad pero me contestó un pesado silencio. Pero creo que entre los abogados peruanos existirá alguno que desinteresadamente gestione la libertad de Héctor Chacón que, como dicen los moralistas, ya pagó su crimen. Pagado ¿qué? Chacón nunca fue deudor sino acreedor de una sociedad podrida. Sé que no es el único campesino preso pero sé que ningún país puede encarcelar siempre, impunemente, a sus héroes¹⁵¹.

Héctor Chacón, enterado de la publicación de la carta aparecida en Caretas, escribe desde El Sepa una carta a la dirección de la revista, con fecha 15 de junio de 1971. Merecerá la pena transcribir esa carta en su totalidad:

El que suscribe, Héctor Chacón Reques, un peruano de nacimiento, con nueve menores hijos, de 57 años de edad, sentenciado por el Honorable Tribunal de Huánuco a la pena de 16 años de prisión, por el pseudo delito de homicidio en agravio de Amador Leandro, hecho que se sucedió según lo acomodaron las autoridades en la Hacienda de Francisco de Huaractambo de Mandril [sic]¹⁵², con detención privativa de mi libertad física por espacio de 11 años, años de prisión que los he sobrellevado con dignidad, con honor y con honradez con que lo hará cualquier peruano, sabiéndome calumniado en toda su plenitud.

Señores Directores de Caretas, el motivo que me ha impulsado a tomar la pluma y el papel ha sido la revista número 435 de mayo [...] y es allí donde precisamente se quiere averiguar a ciencia cierta dónde me encuentro. Yo con todo el respeto que Ud. legalmente se merece, le diré que por medio de mi presente carta, que aún me encuentro sufriendo una pena injusta que me ha impuesto la sociedad. Porque sólo Dios es testigo que si soy una persona que tengo antecedentes ha sido sólo por la inquebrantable lucha que he sostenido en bien de los campesinos y por cuya causa he llegado hasta este lejano lugar. Señores Directores: quiero poner en vuestro conocimiento que los años de prisión han hecho más fuerte mi voluntad y que gozo de gran satisfacción que los campesinos de mi pueblo disfruten de la tierra que otrora fue usurpada por elementos desnaturalizados y sin ninguna clase de conciencia cristiana.

El día que se tomó detenidos a mis compañeros de la comunidad,

recuerdo bien que fueron también detenidos los personeros Agapito Robles, el señor Blas Lavalle (presidente)[,] Felicio de la Vega (agente municipal)[,] el señor Amador Minaya (Teniente Gobernador). Yo en vista que dichas autoridades estaban detenidas sólo tuve que decidir una cosa y sacrificarme por un delito que realmente lo cometió todo mi pueblo. Pueblo que mucho tiempo venía padeciendo vejámenes y humillaciones indecibles. Sí, señores Directores, ahora después de mucho tiempo han despertado ustedes la inmensa necesidad de obtener mi preciada libertad, ya que cuento con 11 años detenido y jamás pude alcanzar la Amnistía Política dada por el supremo gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Ruego pues de todo corazón que Uds. den a mi presente carta la auténtica consideración que realmente se merece y que tengo puesta en vuestras personas toda mi fe y toda mi esperanza. Adjunto a mi presente carta la remito mi humilde solicitud de Indulto Especial¹⁵³.

La publicación de Redoble por Rancas también propicia otro hecho no menos sorprendente. De él da noticia Scorza en conversación con José Guerrero Martín:

El presidente [general Francisco] Morales Bermúdez, al anunciar que la reforma agraria continuaba en el Perú, lo hizo precisamente en Rancas. ¿Por qué? Porque la literatura cumplía una función gracias a la novela. La rebelión de Rancas salió del anonimato a la evidencia¹⁵⁴.

La segunda de las novelas del ciclo, Historia de Garabombo, el Invisible, también aparece publicada en Barcelona por la editorial Planeta, en 1972. No así las tres restantes. El Jinete Insomne (1977) y Cantar de Agapito Robles (1977) son publicadas por Monte Ávila en Caracas, mientras que La tumba del relámpago (1979) sale a la luz pública en México, en la editorial Siglo XXI.

Manuel Scorza, en los primeros años de la década de los setenta, comienza a estar presente en numerosos congresos. En 1972 viaja a España: Granada, Sevilla, Valencia y Alicante inician debates sobre su obra. En 1973 participa en los congresos de escritores de Lahti (Finlandia) y Bologna (Italia). Precisamente del verano de ese año data el que quizá haya que considerar su último poema publicado, «Lamentando que Hans Magnus Enzensberger no esté en Collobrières». Se publica el año siguiente, en abril de 1974, en la revista Crisis (número 12, 42-43). Se da noticia de la fecha de composición: 20 de agosto de 1973, en Collobrières. En sus versos, se muestra el conmovido recuerdo del reciente nacimiento de Cecilia, su tercera hija: mi hija / que tiene cien días / [...] / mi hija / que tiene los ojos rasgados (versos 21-22 y 63-64).

La primera reunión de su obra poética es publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1976: Poesía incompleta. Se trata de una edición prologada por el poeta mexicano Rubén Bonifaz Nuño. Contiene los

poemas de las ediciones originales de «Canto a los mineros de Bolivia» (1952), Las imprecaciones (1955), Los adioses (1960), Desengaños del mago (1961), Réquiem para un gentilhombre. Elogio y despedida de Fernando Quíspez Asín (1962) y El vals de los reptiles (1970). Las últimas reuniones de su obra poética aparecen siete años después de la muerte del poeta. La realizada por Siglo XXI lleva por título Obra poética (México: 1990) y ha corrido a cargo de María Oscos. Cecilia Hare, viuda de Manuel Scorza, en carta personal dirigida al autor de este ensayo (fecha en París el día 4 de mayo de 1993) escribe:

Contiene la última versión corregida por Manuel o publicada de dichos poemas más algunos otros encontrados aquí y allá como indica la edición de PEISA, Lima [1990], retomada por Siglo XXI, México. Esta edición [la de PEISA] estuvo a mi cargo.

En los años setenta, en el Perú, el régimen militar del general Juan Velasco Alvarado había logrado desarticular en gran medida el antiguo sistema de dominación oligárquico. Así, por ejemplo, el primero de enero de 1974 [...] expropia el gigantesco conjunto minero norteamericano de la Cerro de Pasco [Copper] Corporation y lo incorpora al Estado, bajo la denominación de Centromín-Perú¹⁵⁵.

No obstante, no había sido capaz de institucionalizar nuevas formas de organización política¹⁵⁶. El 29 de agosto de 1975, por decisión de las Fuerzas Armadas, Juan Velasco Alvarado fue depuesto y reemplazado por el general Francisco Morales Bermúdez. Esta segunda fase del régimen militar busca un mayor consenso social mediante rasgos liberales paralelamente a un llamado enfático al esfuerzo productivo para encarar la crisis económica¹⁵⁷.

La economía peruana continúa en la segunda mitad de esta década en su fase de acelerado deterioro. La subida de los precios, el recorte de los gastos estatales, la precariedad laboral y una política que posibilita los despidos masivos potencian los movimientos obreros y populares. Por otro lado, el movimiento obrero pasará de una fase principalmente sindical a una fase más política¹⁵⁸. Unidad Democrática Popular (UDP) y Frente Obrero Campesino Estudiantil Popular (FOCEP) agrupan a la mayoría de las nuevas organizaciones de izquierda. Manuel Scorza es un dirigente notable del FOCEP, cuyo liderazgo ejerce Genaro Ledesma [Izquierda], maestro rural, célebre alcalde de Cerro de Pasco y personaje de sus Baladas¹⁵⁹. Claude Fell apunta que en las elecciones legislativas de junio de 1978 había entrado en el FOCEP¹⁶⁰. Y añade que Manuel Scorza había declarado en febrero de 1980: «Estoy junto a Ledesma por una experiencia que ha sido decisiva en mi existencia: mi participación en las revueltas campesinas de 1960, que son el origen de todos mis libros»¹⁶¹. Bajo el mandato del general Francisco Morales Bermúdez, se abre un proceso electoral para elegir una Asamblea Constituyente. Va a cerrarse un periplo de doce años de gobiernos militares en medio de la crisis económica y de conflictos sociales.

En las elecciones, el FOCEP obtuvo 433.423 votos, detrás del APRA y del

PPC (Partido Popular Cristiano)¹⁶². Manuel Scorza, que era el candidato número cuatro en la lista de esta organización de izquierdas, expresa públicamente su renuncia a presentarse a las elecciones. El documento aparece en la sección de cartas de la revista limeña *Marka* con el título «La denuncia de Scorza». La carta está firmada por Laura Caller Ibérico, Manuel Cárdenas Bernal y Manuel Scorza Torres. Está fechada en Lima, el día 15 de junio de 1978, y está dirigida a Ulises Montoya Manfredi, presidente del Jurado Nacional de Elecciones. Los tres firmantes exponen las razones por las que deciden renunciar a la participación en las elecciones. Estas razones pueden resumirse en una única:

Que el gobierno ha restaurado las garantías constitucionales y la libertad de expresión y levantado el estado de sitio únicamente en apariencia. En la práctica, mantiene suspendidas las garantías fundamentales¹⁶³.

La renuncia de los tres firmantes se centraba en un hecho en verdad insólito: la deportación de candidatos políticos de la UDP y de la FOCEP. Genaro Ledesma Izquieta no sólo había sido deportado, sino también puesto a disposición de la Fuerza Armada de la República de Argentina.

La Asamblea Constituyente se instala el 28 de julio de 1978 presidida por Víctor Raúl Haya de Torre. Entonces nacería la Constitución de 1979. Se convocan elecciones generales para el 18 de mayo de 1980. Por abrumadora mayoría es elegido Fernando Belaúnde Terry. Después de doce años de regímenes militares, el hombre que fue desplazado del poder en 1968 por el general Velasco Alvarado vuelve a la silla presidencial en 1980. El FOCEP obtiene una senaduría, la de Genaro Ledesma Izquieta¹⁶⁴.

Si la aguda crisis económica, la movilización social y la entrada en la liza política parlamentaria de los partidos de izquierdas fueron los hechos fundamentales que marcaron los años setenta, un conflicto violento de nueva e insospechada índole afectaría al Perú en la década que ahora se iniciaba:

El mismo día en que fue elegido Belaúnde, en un pequeño pueblo de Ayacucho, uno de los partidos maoístas conocido como «Partido Comunista del Perú: Sendero Luminoso», se responsabilizó por la destrucción de las urnas electorales. Este acontecimiento marca el inicio de un nuevo conflicto que fue extendiéndose a todos los departamentos del país¹⁶⁵.

Pero Manuel Scorza apenas si veía discurrir el primer tercio de la década que ahora se iniciaba.

A finales de junio de 1977, graba en Madrid una entrevista para el programa televisivo *A fondo*¹⁶⁶. Joaquín Soler Serrano, el director del programa, anuncia como primicia que Manuel Scorza ya ha completado el ciclo novelesco y que ha firmado un contrato con la editorial venezolana Monte Ávila para la futura publicación de *El jinete insomne*, *Cantar de Agapito Robles* y *La tumba del relámpago*.

En 1978, en conversación con Josep Sarret, habla de que ya ha acabado su sexta novela: «Hace poco más de un mes terminé una novela de temática

completamente distinta: es una novela de amor que lleva por título La danza inmóvil y que ocurre en París»167.

En 1980, esta vez a Héctor Tizón, confiesa: «Después de éste [La danza inmóvil] pasaré a otro libro que es también otra fase»168.

¿A qué nuevo libro se está refiriendo? En conversación con Roland Forgues habla del título de esta nueva novela: «El segundo volumen, la continuación de La danza inmóvil, que se llamará Los pétalos de la quimera, se me presenta como un soliloquio de trescientas a cuatrocientas páginas»169.

Probablemente alude a esta obra cuando, en 1979, habla con Tomás G. Escajadillo: «Finalmente, yo estoy escribiendo una novela en la que el personaje principal es un loco. La locura es una posición que en torno al mito adopta el pueblo latinoamericano cuando es totalmente vencido, porque no puede aceptar la historia oficial»170.

En cualquier caso, en opinión de Anna-Marie Aldaz, La danza inmóvil era el inicio de una trilogía que llevaría por título El fuego y la ceniza171.

Ricardo González Vigil habla de los diversos títulos de las novelas que integrarían esta trilogía:

La danza inmóvil, primera entrega del tríptico El fuego y la ceniza, dedicado a las luchas guerrilleras [...] Según el plan que se ha trazado, la trilogía deberá continuar en Segundo movimiento y finalizar en Retablo ayacuchano -donde veremos a Sendero

luminoso172.

También avanza el núcleo temático de la segunda de las novelas del tríptico El fuego y la ceniza:

Con relación a Segundo movimiento Scorza ha adelantado el dilema nuclear: «La lucha armada en América Latina vista desde el ángulo de un hombre que desertó del combate para salvar su vida, y gastarla en una vida de actos míseros, rutinarios, empobrecedores. ¿Qué era mejor? ¿Vivir o morir? ¿O vivir para qué?»173.

González Vigil también informa del porqué del título de la trilogía:

Las palabras de Scorza son esclarecedoras, al resumir el argumento de La danza inmóvil: «Un escritor en un restaurante ve pasar de repente a una mujer de belleza fulminante, y mientras ella avanza, él en sus sueños la ama y logra que esa mujer maravillosa le ame. El escritor padece y goza tanto con esta relación, ha sido tan intenso este amor imaginario, que cuando ella se le acerca en el restaurante -porque es a él a quien buscaba- el escritor se da cuenta de que la relación real con esa mujer ya no le puede aportar nada. La realidad sería ceniza ante el fuego de ese amor imaginario»174.

Por otra parte, parece que hay otra novela más, El verdadero descubrimiento de Europa175. Hugo Neira habla del que quizá fuera el germen narrativo de esta novela:

Un campesino llega a la convicción, anclado en una aldea andina, de

este par de cosas: no todo lo que dicen los diarios es mentira; y, además, es probable que Europa exista. La historia es el relato de los preparativos de ese viaje. La historia de Colón, al revés. La antihistoria, la picaresca.

¿Qué nos preparaba Manuel? Tal vez menos la narración indigenista y, más, el ingreso, por el lado de la sátira, al universo mental de lo mestizo y lo criollo. Hubiera sido una empresa saludable. Hay mucho de ello ya en las cartas del Niño Remigio¹⁷⁶.

Aún habría por medio un ensayo. De él habla Josep Sarret: «El ciclo narrativo [La guerra silenciosa] se cierra con un ensayo titulado La literatura, primer territorio liberado de América Latina»¹⁷⁷.

¿Qué ha sido de esta obra? El destino ha decidido que quede inconclusa junto con esa retahíla de títulos novelescos que Manuel Scorza sembró en las páginas de la prensa, Los pétalos de la quimera, Segundo movimiento, Retablo ayacuchano, El verdadero descubrimiento de Europa. No hay duda de que deja como legado a los estudiosos de su obra no sólo la fascinación del mundo narrativo que habita en sus novelas ya escritas, sino también la desbordante imaginación y la desmedida capacidad fabuladora contenidas en aquellas otras obras cuya consecución se llevó consigo el destino la madrugada del 28 de noviembre de 1983.

En cuanto al ensayo La literatura, primer territorio liberado de América Latina, quizá pueda atisbarse alguna de las propuestas que contendría. En la entrevista realizada para el programa televisivo A fondo, a finales de junio de 1977, Manuel Scorza le decía a Joaquín Soler Serrano:

Yo he sostenido siempre un poco polémicamente, y quiero publicar sobre esto un ensayo, que el verdadero territorio liberado de la América Latina, que el primer territorio liberado es su literatura. La literatura de la América Latina tiene ya una voz propia, tiene modelos que la política no ha dado, por ejemplo, no hay equivalentes políticos de Cien años de soledad, de Paradiso, de Pedro Páramo, de los libros de Sábato ni de los de Borges¹⁷⁸.

José Guerrero Martín publica en El País, ya en febrero de 1984, una entrevista con el escritor peruano cuyo mero título es esclarecedor: «Manuel Scorza: La literatura, primer territorio libre de América Latina»¹⁷⁹. En esta entrevista, pero también en otras (las mantenidas con Josep Sarret, con Manuel Osorio, con Héctor Tizón, con Alda Teja, con Roland Forgues), el escritor peruano habla de esa concepción de la literatura que tan a las claras se expresa en el título de ese ensayo cuya escritura quizá llegó a ser iniciada.

En 1981, Manuel Scorza es invitado por el diario napolitano Il Mattino a escribir una serie de artículos, que a partir del 25 de enero de 1981, durante cuatro domingos, iluminaron con rara inteligencia y gran sapiencia el mayor cotidiano de Nápoles¹⁸⁰.

En febrero de 1983, aparecía en Barcelona, publicada por Plaza y Janés, la que sería su sexta y última novela, La danza inmóvil.

El 18 de septiembre de ese año, Manuel Scorza escribía a Matteo Collura,

le insistía por dos veces en su esperanzada duda acerca de un próximo viaje a Argentina. «Tal vez sea posible», le decía¹⁸¹.

Su primera meta era el encuentro cultural hispanoamericano en Bogotá que, organizado por la Academia Colombiana de la Lengua, se inauguraría el 29 de noviembre.

El 24 de septiembre, escribía a Ramón Serrano Balasch, su agente literario en España. Así comenzaba la carta: «Tú sabes bien que ningún libro nace de la inteligencia sino del corazón, si existen inteligencia y corazón. Y no somos sino palabras escritas por el dedo de alguien en un muro invisible»¹⁸².

También le hablaba de su nuevo libro, *La conquista de Europa* [¿El verdadero descubrimiento de Europa?], del que estaba entusiasmado:

Novela cómica, clásica, sin cambios de planos, humorística, filosófica, me decía textualmente en su correspondencia. Y para hablarme de ella, para narrármela (era un buen orador coloquial) vino a Barcelona un fin de semana¹⁸³.

La novelista y periodista argentina Alicia Dujovne Ortiz se había citado con Manuel Scorza el 8 de noviembre. Habló con él más tarde, por teléfono, una semana antes de su partida y fue a despedirle al aeropuerto:

Él que siempre se había negado a viajar en sábado... Antes de subirse al avión, ¿tuvo el presentimiento de su muerte? La pregunta queda en el aire. Había garabateado desde el aeropuerto de París su última carta a su hija en Lima; le anunciaba su partida hacia Bogotá. Escribía: «He pedido que me den un billete París-Lima-París; pero, puesto que me han invitado a un encuentro de escritores en Bogotá, me han dado París-Bogotá-París, ¡vaya suerte la mía! Pasaré las fiestas de Navidad con vosotros, y me quedaré hasta mediados de enero. Me hubiera gustado pasar allí la primavera pero Tombeau de l'eclair saldrá [la traducción al francés de *La tumba del relámpago*] a finales de enero y debo estar de vuelta para entonces. Soy feliz porque, esta vez, podremos vernos y estar juntos».

Escrita en la hoja de un bloc, esta nota no había sido firmada.

«Hablaremos, debo irme», terminaba¹⁸⁴.

Claude Couffon rememora los últimos días de Scorza en París:

Pocos días antes [de tomar el avión] me había hablado de ese viaje [a Colombia], mientras cenábamos con su inseparable amigo Abel Posse. Después de ese congreso literario, pensaba reunirse con su familia en Perú, para pasar allí las fiestas navideñas. Y para trabajar, pues Manuel estaba lleno de proyectos. Tres novelas en marcha que, como siempre, le obsesionaban sin descanso y le torturaban con su hervor. Casi había terminado una de ellas, *El verdadero descubrimiento de Europa*.

Ramón Serrano Balasch escribe:

Un día antes de tomar el avión me llamó por teléfono para que

avisara a sus editores de que partía ya para Colombia y, después, al Perú en donde pensaba pasar las Navidades con sus hijos: «Soy feliz -me dijo- porque ahora se me está leyendo en España»¹⁸⁵.

En la madrugada del lunes 28 de noviembre, a la una y cinco minutos, a unos ocho kilómetros del aeropuerto de Barajas, el Jumbo 747-283B de la compañía colombiana Avianca, quizá en el inicio de la maniobra de aterrizaje, capota y cae. Incendiado inmediatamente después de su impacto con tierra, el aparato se arrastra a lo largo de ochocientos metros. Los restos del avión se esparcen en una zona conocida con el nombre de Balcón de Mejorada. Ciento cincuenta y seis pasajeros y veinticinco empleados de la compañía mueren en el accidente.

El encuentro de Bogotá quedaría convertido en homenaje hacia las figuras de la cultura que mueren en el accidente: la novelista y crítica de arte argentina Marta Traba (1930), su marido, el intelectual uruguayo Ángel Rama (1926), el novelista mexicano Jorge Ibarguengoitia (1928), la pianista española Rosa Sabater (1929). También Manuel Scorza que, ironías de váyase a saber qué destino, ha de morir un 28 de noviembre, el mismo día en que, en el distante año de 1969, José María Arguedas se disparaba dos tiros en su despacho de la Universidad Agraria.

Los restos mortales de Manuel Scorza llegan a Lima el cinco de diciembre. Son recibidos por sus familiares, representantes del Gobierno, parlamentarios, militantes del FOCEP y, también, por grupos de campesinos de Yanahuanca, de Huancavelica, de Cerro de Pasco. El cuerpo de Manuel Scorza recibe sepultura, ese mismo día, en el cementerio de El Ángel.

El día anterior, 4 de diciembre, iniciaba el periódico El País la publicación póstuma de los últimos artículos de Manuel Scorza con «Fe de erratas». El día 6, esta vez en La Vanguardia, aparecía «El Cervantes que nunca conocí». Y, finalmente, de nuevo en El País, ya el 22 de diciembre, «¿Orwell tiene razón?».

Manuel Scorza Torres muere a los cincuenta y cinco años de edad. Deja, cuando menos, el título de cuatro novelas inacabadas... y tantas otras que hubiera deparado su capacidad fabuladora. Deja una rica obra poética que le coloca en un lugar significativo entre los poetas peruanos que comenzaron a publicar en la década de los cincuenta. Y una novela, La danza inmóvil, en que palpita un brillante juego de espejos y contraluces. Y deja, sobre todo, La guerra silenciosa, que es -en palabras de Ricardo González Vigil- el mayor retablo de la novela peruana de los años setenta. Se trata, sin duda alguna, de un gran mural novelesco que está muy lejos de ser lo que Abelardo Sánchez León denomina mera reconstrucción histórica de las reivindicaciones en las poblaciones mineras de los Andes.

Alguno de sus personajes, habitante en el sortilegio de la ficción, reaparece en las páginas de Daimon (1978), de Abel Posse, y sigue convocando a nuevas o antiguas reivindicaciones eternamente recomenzadas:

Agapito Robles, el rebelde de Rancas, buscaba adhesiones (sin darse cuenta de su propia muerte) para una batalla final contra la Cerro de Pasco Corporation. Febrilmente narraba cabalgatas por los altos desiertos, fusilamientos masivos, la sosegada crueldad del juez Montenegro.

Mientras, los lectores de ese vastísimo fresco compuesto por Manuel Scorza, nuevos doña Añada a esta otra parte de la ficción que da a nosotros, comprueban cómo la realidad no es única, sino también, y sobre todo, cuantas ficciones hay en ella, y por ella deambulan, y se multiplican y contradicen. Tantos y tantos momentos del ciclo novelesco perdurarán para siempre -siempre recomenzados- en la magia de nuevas lecturas.

Eugenio Chang-Rodríguez evocaba en «Manuel, hoy viajas»¹⁸⁶, poema de homenaje tras el trágico accidente, uno de los innegables sentidos -y no, desde luego, el único- de la obra de Manuel Scorza: Ahora, en medio de la hoguera del viento levantado, / tus versos y novelas son gritos de batalla / en los torturados Andes.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

